

Por la palabra



Miguel Antonio Guevara

República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial



elperroy larana



Fundación
rednacional
de escritores y escritores
socialistas de Venezuela

Por la palabra

© Miguel Antonio Guevara
© Fundación Editorial El perro y la rana, 2012

Sistema Nacional de Imprentas

Red de Escritoras y Escritores
Socialistas de Venezuela

Consejo Editorial:

Raday Ojeda
Argenis Méndez
Edgar Hernández
Gregorio González

Edición: Sistema Nacional de Imprentas - Capítulo **Apure**

Diagramador: Juan Carlos Villota
Operario: Héctor Díaz
Corrección: Red de Escritores y Escritoras Socialistas de Venezuela

Portada: Carlos Yusti, Dibujo a plumilla, 2012

sistemadeimprentasapure@gmail.com
San Fernando de Apure, 2012

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal: lf40220118001479
ISBN: 978-980-14-2269-3

Miguel Antonio Guevara

Por la palabra

Fundación Editorial El perro y la rana
Red de Escritoras y Escritores
Socialistas de Venezuela
Imprenta de Apure 2012
Colección Triandáfila / Serie Gris



El Sistema Nacional de Imprentas es un proyecto impulsado por el Ministerio del Poder Popular para la Cultura a través de la Fundación Editorial El perro y la rana, con el apoyo y la participación de la Red de Escritoras y Escritores Socialistas de Venezuela. Tiene como objeto fundamental brindar una herramienta esencial en la construcción de las ideas: el libro. Este sistema se ramifica por todos los estados del país, donde funciona una pequeña imprenta que le da paso a la publicación de autores, principalmente inéditos.



0340 0340 0340 0340 0340 0340

A Carlos Yusti

De todos los inventos humanos o divinos, el más glorioso, sutil y misterioso lo constituye la palabra.

Ludovico Silva

Intro

Los textos a continuación fueron publicados en la columna literaria semanal *Por la palabra*, del Diario El Venezolano de Ciudad Guayana, estado Bolívar. Comporta cada uno la tarea que de un momento a otro se convierte en suerte de imposición del espíritu. Escribir.

Escribir porque no se está seguro de nada, escribir por obsesiva compulsividad, escribir en la incertidumbre, escribir hasta cuando no se tiene nada que decir, –por eso será que preferiría no llamarlo literatura- sin el hábito o corsé de los géneros literarios, escribir aunque no hayan certezas sino necesidad de decir, de comunicar, escribir *Por la palabra*.

De pasivos lectores a emancipados por la palabra

El Eco de la palabra

Hay más de un tópico discutible en ese proceso, esa responsabilidad de crear, del pensar que conlleva a la escritura y su percepción. En ningún momento queremos estigmatizar al lector solamente como el sujeto que recibe la acción, se dice que no hay ni lectores ni escritores pasivos porque la misma lectura configura acción. En este apartado tomamos como lector pasivo aquél que no se atreve. El que no permite la reproducción de lo leído por sólo ensimismarse y no hacer eco de lo que ha sido recipiente, hay muchas razones que hacen no dar el paso de brindarle la oportunidad a sus semejantes de la maravilla accionante del pensamiento que es la lectura. Entre ellas el ausente conocimiento de la responsabilidad que se tiene como actuante, protagonista y ser social que estructura su propia realidad, los escritores son responsables de este sacudón a sus escuchas, al público que resultan ser los lectores.

Sería ingenuo creer que solamente al leer ya se está haciendo demasiado, es más bien un hermoso comienzo, un chispazo de esperanza. Hay numerosos ejemplos, sino pues, que resultaba de aquella época oscurantista en que privaban los temas, y toda lectura se basaba en dogmas (aún sucede en muchos lugares, basta con ver como en algunos países “del primer mundo” abarrotan las librerías ciertos bestsellers). Bastó un grupo de pensadores que canalizó ciertas necesidades, resultando más que intérpretes de una realidad, fueron deterministas en su necesidad de eliminar la opresión, la coerción del pensamiento. Todos somos responsables de ese “demo-

cratizar la lectura” que habla el escritor barinés Leonardo Ruiz en *Palabras de la Polis*, como él mismo dice “porque en una verdadera democracia se debería ser escritor, comunicador, transmisor de ideas y de sueños”. Recordar, llevar a discusión la práctica que muchos usan, ese utilizar el conocimiento como una alternativa de dominio, en frente de aquellos que no poseen o no han tenido el acercamiento a las teorizaciones retóricas, o mejor dicho, al acto soberano de leer, escribir, acercarse al libro, el pensar la lectura y la escritura.

Convertir en dardo el pensamiento y clavarlo en el blanco: dialéctica escritor-lector, que dibuja el oficio del escritor como un aristócrata del saber, únicos iniciados capaces de dimensionar el pensamiento; bastante ingenuo el transcriptor del pensamiento y las ideas que no precisa el protagonismo del lector, éste es el que completa el círculo deshilador del discurso, del entramado abstracto llamado hecho escrito. Una vez le preguntaron al maestro Gustavo Pereira “¿qué se siente ser un autor tan prolífico?”, a lo que respondió: “¿de qué me sirve tener una veintena de libros si nadie los ha leído?” Atendemos entonces en la respuesta. La importancia del eco de la palabra, carente de sentido sin ese espectador afectado por el mensaje que busque repetirla, contarla a sus semejantes, éste, conmovido por la palabra, que irremediamente para alegría o malestar del escritor pedante, acaparador del saber, ese enemigo del democratizar el pensamiento y la cultura, quien de alguna forma guarda en su pensar una especie de chip pseudoburguésintelectualarrecho, irremediamente, ve como a través del libro, el lector se transforma en escritor; un escritor pasivo.

A ver, ¿escritor pasivo, de qué se trata todo esto?

Al momento en que leemos, más que lo ilustrado pasivamente en la grafía muerta de instructivos o manuales -no creamos religiosamente que esa literatura cadáver se encuentra en esos predios- nos damos cuenta que más de un libro está muerto, bien decía Simón Rodríguez “leer es resucitar ideas

sepultadas en un papel”, claro, esto es sin ánimos de ponernos apocalípticos. A medida que hay un proceso de concienciación del escritor, en función de una nobleza del lenguaje y sus ideas, dispondrá a los intérpretes ávidos de conocimiento y ejercicio de la función lectora-perceptiva una mayor oportunidad de acercamiento, es decir, habrá más escritores pasivos, quienes conforme a sus propias habilidades, necesidades y toma de iniciativa se convertirán en los futuros escritores, completando un proceso, especie de ciclo que va de la pasividad a la actividad necesaria que su propio ser le exigirá. A medida que aumenta el número y la reflexión de la letra, que ya no entrará por sangre pero que definitivamente a través de la imagen, el texto es agente implosionador que se dispondrá a recorrer todo el torrente sanguíneo del pensamiento.

Ya no queremos ni necesitamos lectores pasivos, mucho menos del oficio escritural mitificado, ¿escribir es una experiencia límite?, pues leer también, entonces de ¿dónde sale eso que una buena novela nos hace otros? Seamos buenos lectores como decía Borges, escribamos para lectores, no para escritores, ¿de qué nos sirve escribir si no hay quien lea?; voto por el escritor lector.

Todos dan palos a la piñata, menos yo

Harto aburrido el partido que toman muchos intelectuales, que sólo dan opiniones y no se incluyen en el proceso de transformación social. El relativismo se implanta como método para seguir mintiéndonos y no enfrentar las discusiones como son, ¿cuál es el miedo? Pues, precisamente esa conciencia que tiene el que lucha, porque el que lucha en una posición tiene bien claro por qué lo hace, ay de aquellos que peleen en un bando sin siquiera tener razón de sus acciones. Por eso yo llamo siempre a los escritores, los que se hacen llamar, y también a los que llaman intelectuales, a que tomen sus puestos, cada espacio de la cultura les pertenece, tanto público como privado. Muchos despotrican, se quejan de que sólo los que “trabajan en cultura” dan palos a la piñata, y ellos “ausentes”,

“aplastados”, “ninguneados”, métase a la candela compadre, busque la manera así le cierren las puertas, la forma es a través del determinismo, de la fuerza con que usted valore su oficio. No hay que temerle al buró o a la calle, porque un escritor que vea el oficio sólo a través de la tinta, el papel y el enajenamiento no aporta nada a su entorno. Eso sólo le sirvió a Kafka que tenía un buen amigo, de esos que rompen promesas en el momento debido. Que el apartarse sólo funcione periódicamente para preparar el discurso, la idea, consolidar el pensamiento. Seamos entonces partidarios del movimiento, la acción, el pensar crítica y oportunamente, de acuerdo a nuestra realidad social, a nuestras circunstancias históricas y políticas; condenemos el inmovilismo.

Libros, librerías y algunas interrogantes necesarias antes de publicar

Hace poco me topé con un cartel que rezaba “leer aunque sea todos los días”; alguien me dijo que era una frase del poeta Leonardo Ruiz Tirado. Ese día se llevó a cabo la I Feria Socialista del Libro Usado (Barinas), en homenaje a la amiga librera Zuly Montilla, quien ya tiene 15 años en el oficio. Entonces, tanto énfasis, tanta importancia al escritor, y aquí, he aquí un empujoncito a la figura del librero. El librero es indispensable, elemento fundamental en el mundo de los libros. Hay un personaje de una novela llamada *Corazón de tinta*, de la escritora alemana Cornelia Funke, en donde uno de los personajes es Mo, un restaurador de libros. Vaya oficio hermoso el del librero, el del restaurador, quien a veces siquiera conoce al escritor, pero lo recomienda, mima sus libros, sabe -en muchos casos- dónde encontrar el título, las editoriales, los raros ejemplares. No es sólo un robot, un individuo mecanizado que sabe dónde encontrar ejemplares, autores y títulos, también en él debe haber un amor inherente, casi biológico en la palabra escrita, en los símbolos de molde para papel. No hay muchos librerías en ciudades pequeñas, o al menos habrá algunos aficionados, que en su paseo por las retenciones bibliográficas lograron ir aumentando profusamente su biblioteca, conozco de muchos

poetas libreros. César Seco, Inti Clark –por nombrar un par- además de libreros: editores, poetas y escritores.

Muchos logramos ir armando ese entramado documental, desde líneas históricas temáticas, hasta hay quiénes se toman más en serio el asunto y logran ordenarlos alfabéticamente, como si se tratase de una biblioteca municipal. Otros mecánicos son de lo más arbitrario, en donde encuentras ejemplares de la *Ilíada* junto a algún suceso editorial de autoayuda. Cada cierto tiempo logro armar una incipiente biblioteca. La viajadera, el tener amigos, compañeros cercanos a la literatura y también los que de alguna forma deseo se acerquen (en lo posible trato de que sea todo conocido y desconocido también) me hace desprenderme de ellos. Así como García Lorca pedía en frente de Fuente Vaqueros *medio pan y un libro*, yo pido -por favor- un libro por cada hombre. Y no sólo de una lectura desafortunada y enfocada en torno a un solo ejemplar. Un libro de su complacencia, un libro que esté dentro de sus propias búsquedas intelectuales y espirituales que sea capaz, él mismo (el libro) de conducirnos a otro, y así sucesivamente, es cuestión de sensibilidad y confianza. Muchos creen ser dueños del libro. No podemos creernos dueños de los libros, quien se crea dueño de un libro –incluso escrito por él mismo es un imbécil. Uno a veces se cansa de repetir, de combatir con mucha gente que se queja por no poder editar, o simplemente el escritor sufrido, aburrido que no cesa de criticar la escena editorial de cualquier índole. Es muy fácil hablar y no hacer, noto cierto indeterminismo, un no hacer, un hablar por hablar. No dedicarse a sólo verse el ombligo debe ser nuestra actitud. Las actuaciones del escritor deben estar más enfocadas en cómo replantea, cómo desarma los asuntos de su entorno social, desde el primer anillo que es la comunicación con uno mismo, para dar paso a la comunicación familiar, los vecinos, la comunidad entera y el colectivo. Para publicar debo preguntarme primero ¿para qué lo haré? A ver, ¿cuántos libros de poesía, cuántos poemarios no se han publicado, cuántos aun se conservan en las bibliotecas sin ser leídos todavía? ¿De qué servirá mi publicación? ¿Dices que no hay donde publicar?,

a estas alturas me atrevería a decir que es totalmente falso, si no te has dado cuenta, vives en la República del Libro.

Leer “aunque sea todos los días”

Ahora que se acaba de mencionar a las bibliotecas, aprovechemos y comentemos algo sobre los amigos bibliotecarios y bibliotecarias. La primera imagen del encargado de la biblioteca que conocí fue en mi infancia, por allá en 4to grado de primaria. La escuela en donde estudiaba, en un pueblito llanero llamado Libertad de Barinas, se encontraba en reforma, (creo que ha sido de las mejores cosas que me han pasado en la vida), a falta de salones, nos mudaron hasta un cuartico disponible, adivinen donde, en la biblioteca del pueblo. Eran dos señoras muy simpáticas, una rubia y otra morena, todavía recuerdo el nombre de una de ellas, o al menos como le decían; Licha, recuerdo. No se imaginan ustedes cuantas veces negocié con ella para que me dejara llevar ejemplares de más, siempre abarrotándome de más ejemplares de los que podía leer, pero estaba totalmente fascinado con el hecho del préstamo. Ahora ya grande pienso que el préstamo de libros en las bibliotecas –y me perdonan la comparación- es junto a la masturbación, y el libro por supuesto, de los inventos más bellos que se le han ocurrido al ser humano.

Recientemente visité la biblioteca central de la ciudad para tramitar unos depósitos legales. El trato que recibí por parte de los bibliotecarios fue peor que los de un banco en quinceña, o de un chofer de bus en pleno tráfico. Un verdadero golpe para esa imagen de respeto, esa idealización del trabajador del libro, del acervo de cultura de una localidad que resulta ser la biblioteca. Siempre insisto en eso de que mucha gente está haciendo cosas que no debería simplemente hacer. Ausencia total de una concienciación en el oficio. Así como el escritor se debe preguntar por qué escribe, el bibliotecario debe preguntarse por qué lo hace, qué papel tiene en su comunidad. Si tratamos mal al lector, si tratamos mal al niño o niña que se acerca a la biblioteca, maltratamos el deseo de alguien que

puede ser un futuro lector, deshacemos la posibilidad de que alguien desarrolle el hermoso hábito de la lectura.

Ese fue un paréntesis necesario. Ahora bien -volviendo a las aventuras en la biblioteca de mi infancia- Me comí vorazmente con mis ojos de niño biografías de célebres personajes de la historia, cuentos, novelas, atlas de todo tipo, geografía, automóviles, aviones, biología, simplemente devoraba todo cuanto podía, en una necesidad de seguir alimentando mis pensamientos, seguir saciando una especie de hambre de conocimiento, de seguir sumando imágenes a mi memoria. Vivía en un rincón apartado del llano, pero en esos momentos viajaba con el Capitán Nemo en las *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Verne, lloraba al saber el desenlace de *La Gallina degollada*, combatía en la segunda guerra mundial contra la *Invasión Nazi en Francia*. Sería imposible olvidar algunos ejemplares -y por supuesto- mi primer acercamiento a la poesía formal, porque de verdad que mis primeros acercamientos a la poesía fueron a través de mi abuela y su compañero de forma oral, dentro de los ámbitos del imaginario popular, pero eso es para otro cuento. *Margarita* de Rubén Darío me cautivó, tanto que cuando lo escucho no puedo dejar de repetir cada verso, me eriza, enturbia mi vista con un conato de lágrimas, realmente se quedó grabado en muchos espacios de mi sensibilidad. Cómo olvidar encontrarme las recopilaciones de cuentos hechas por Pilar Almoína de Carrera, mexicana-venezolana que se dedicó incansablemente al estudio y recopilación del cuento popular venezolano; *Tío Tigre y tío Conejo* hacían de las suyas en mi febril imaginación. Todo esto ha tenido obviamente su resultado. Ya en bachillerato todo me resultó más sencillo, incluso muchos de ustedes saben que cuando leímos en la infancia, nunca estudiamos en bachillerato, incluso en la universidad, sólo con escuchar la clase bastaba. Otra vez la lectura haciendo de las suyas, ensanchando nuestra capacidad cognitiva, explayando nuestra estructura del pensamiento, a través del hecho escrito que no es más que partícipe de esa comunicación con nosotros mismos, con ese hecho primigenio, ese génesis del ser social que es la comunicación

a través del lenguaje; incluso cuando estamos solos nos comunicamos con nosotros mismos, recuerden, el primer anillo, que es a través de la palabra y la imagen, ¿cómo ayudamos a organizar nuestros pensamientos? A través de la lectura, con el libro como tecnología disponible para seguir esa selección tecnológica y evolucionando como especie, como ser. Entonces, mis queridos amigos, leamos “*así sea todos los días*”

Libro y escritura: tómbola de emociones

Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro.

Federico García Lorca

Cuando dio inicio esta reflexión en torno al acto de leer y escribir, fue precisamente en un diálogo con amigos. Y es que eso resulta ser nuestra relación con la lectura, una cosa bonita, una relación de amistad. Poco a poco he compartido cada texto con algunos internautas (recuerden que no sólo sale a través del diario, posteriormente a la publicación se sube en las redes sociales el fragmento del día). En torno a las ideas ha habido sorpresas, aprobaciones, señalamientos de contradicción, risas, anécdotas, reflexiones, confrontaciones. En fin, el diálogo y debate necesario que debe existir en torno a estas dos maravillosas actividades que resultan ser la lectura y la escritura. Así que me tomé la libertad de exponer algunas inquietudes y participaciones de aquellos que se unieron a seguir construyendo las ideas, y pues, darle la oportunidad a los que sólo pueden ver las entradas en el periódico.

No nos han quedado dudas de la tómbola de emociones que resultan ser las aventuras de la lectura. Algunos confiesan las tantas utilidades de las hojas de los libros –desde fieles acompañantes, hasta soportes de oráculos psicoactivos- otros dieron crédito a los recuerdos de la infancia (incluyéndome) hasta el dolor de los divorcios, y no tanto por la separación de cuerpos, sino la repartición de la biblioteca. Recuerdo a Woody Allen en la película *Annie Hall* cuando se separa de su pareja

y la chica le dice “Todos los libros que hablan de la muerte y el morir son tuyos y todos los que hablan de poesía son míos” o después de hacer el amor con una periodista que le dice “hacer el amor contigo es una experiencia kafkiana”, tanto nos imbuimos en la lectura que terminamos interpretando la vida como leemos y como otros escriben. Están incluso en todos los escenarios de nuestra vida, configurando significados; rellenos de los vacíos del alma resultan ser los libros y la escritura en el gran diccionario de la vida. Las vivencias junto a los recuerdos guardan infinitos gigas de información en la imagen del pensamiento, nos acompañan siempre. Hay impulsos que nos reclaman a sucumbir ante una graffía que nos pide el cuerpo, ese vivir leyendo, vivir escribiendo, garrapateando versos, líneas, párrafos enteros, interpretándolos, dándole brillo a ese instante turbio que resulta ser la existencia. El libro y su interpretación son motor, fuerza, impulso, faro en la soledad de las islas. El lector es el portal en donde la obra se cumple, el viaje del interior, la alquimia que configura y expande los imaginarios, sólo aquella que está lejos del no creyente, del ambivalente, del ego. Es confrontación de realidades ante todo. Regalos de la percepción que revela a través del decantamiento de la palabra y sus eternos gestos.

Como parte de este ejercicio escritural -para avanzar a otro tema, porque todo lo que rodea a la palabra es infinito-, vamos a hacer un experimento, más que experimento considérenlo un juego entre ustedes, los libros y aquellos futuros lectores. Intentemos en algún momento en el transporte público, en la cola del tráfico o cuando nos encontremos en la cola del banco, al lado de alguien, de un desconocido y también de los conocidos, preguntémosle, ¿qué estás leyendo?, recordemos que los mejores promotores del libro son los mismos lectores. Siempre hago énfasis con los panas, de cargar libros encima así sea por cargarlos y para regalarlos a aquellos que no tengan una respuesta. Abandonarlos como vi que hace una poeta de estos lares a ver quién se lo encontraba, ¡ah peculiar hallazgo! El libro como una imagen común en el ambiente, y que se convierta en un elemento consonante con el entorno rítmico del mundo,

aseguro que muchos comenzarán a preguntarse ¿porqué yo no cargo el mío? Claro, no es que quiera de alguna forma banalizar todo esto, son sólo pequeños experimentos para llevar este dispositivo tan particularmente hermoso que resulta ser el libro. Y es que si todavía no nos damos cuenta, leer es un clásico y los clásicos no pasan de moda. Pasemos entonces la página con algunos versos mis queridos librómanos:

Todo lo que nos hace en su mayoría es literatura consumida, allí toda la preocupación por el transcurrir, no tener el tiempo suficiente para satisfacer los súbitos, la incertidumbre, cuanta curiosidad que nos arrebató.

Hay tanto que leer y tenemos tan poco tiempo.

(Sobre) lo que nos asalta

Sobre el sentido común

El sentido común es de esas cosas que nuestro hostile presente, llámese modernidad, postmodernidad, transmodernidad o como quieran llamarlo, ha mandado al carajo. Unido al montón de elementos que no entraron al baúl de lo obsoleto, junto al desarrollo, la biblia y varias cosas del siglo XV. Seguimos en la continuidad, confiando en sociólogos y cuanto bicho del estudio social individual se le ocurre analizarlos, cuando la mejor respuesta está en las líricas rock, el vallenato, el pasaje llanero, rancheras y boleros; además de una buena dosis de tocar fondo personalmente (leyendo en el proceso).

Continuamos con eso de echarnos cuchillos entre todos, como si aún no comprendiéramos que en el mundo hay bastantes seres dispuestos a vivir como nosotros mismos (escritores digo) todos practicantes y oficiantes de lo patético, aprovecho y traigo a Carlos Yusti con eso de que la carrera literaria es una bicicleta fija que no te lleva a ningún lado. Yo apuesto a vivir haciendo lo que a uno le gusta, y si se puede que te paguen por ello, sin joder a nadie y que nadie te joda. Unos vociferan su intelectualidad y pretenden imponer normas, hasta se creen dueños de todas las ideas y todo lo escrito; acusando a medio mundo de plagiador, en fin, no están al tanto todavía que eso de la originalidad pasó de moda hace rato; todos los libros mijos, vienen de uno solo. Otros despotrican del que escoge esconderse detrás de una biblioteca. Hay de los que pisotean la bohemia y otros que la canonizan, también miran desconfiados a los que comen de la administración pública. Cómo olvidar los que masacran a Bello (si, Andrés, ese que la mayoría piensa que sólo fue maestro de Bolívar) y lo hacen plato de académicos, cuando fue (aquí entre nosotros, de panita) un autodidacta. Además de ubicarlo aburgüesadamente, cuando su cercanía a la “nobleza” fue a través del asombro que ocasionaba por su temprana lucidez. Si queda alguna duda de su importancia podemos echarle un

ojo a su *Alocución a la poesía*, primer manifiesto americano en pro de nuestra independencia y soberanía intelectual; cuando se nombra a Bello es necesario este tipo de aclaratorias. Mis disculpas a los amantes de la fidelidad a los hilos conductores conversacionales.

Cada uno escoge su camino, suene como suene, pero mientras menos se joda al músico sigue tocando lo que le gusta, y más aun si no le gusta bailar pegao y prefiere vacilarse su música interna. En un cuento del poeta merideño Gonzalo Fragüi, cuenta que veían a un tipo que siempre cargaba audífonos, pero que nunca le preguntaron que escuchaba. Lo veían, sí, histriónico y agitando cuanto podía, algunos con certeza afirmaban que era rock, otros se atrevían con los clásicos, en fin. Lo asalta la muerte y cuando revisan el cable (pues siempre andaba con los audios puestos) sólo encontraron la punta sin nada del otro lado. Mp3, walkman; ausentes. Así se nos hace metáfora una vida, pero una vida bonita con la música escogida por nosotros mismos.

Escribo porque me gusta. Es una de esas cosas que continuo haciendo porque todavía me gusta, lo disfruto y a veces también me da arrechera porque llego a detestar lo que escribo. No digo que escribiré toda mi vida, a lo mejor me meta a pintar o a pornógrafo, en estas lides uno nunca sabe.

Si usted busca el significado de qué se trata eso de ser un francotirador (revisar <http://aprendizdefrancotirador.blogs.com/>), es precisamente alguien posicionado para tirar blancos precisos. Con toda la nomenclatura militar que se merece, hay que continuar la batalla, pero esa batalla de ideas, de ideas francas, sinceras, abiertas, que no dejen lugar a dudas, pero eso sí, como me comentó un amigo “Te recomiendo, que como Aprendiz que te declaras, que entiendas que en la distancia el tirador apuesta al agotamiento del enemigo. Aguarda en la distancia el desgaste del contrario. Espera el hastío, el cansancio y la ansiedad del contrario, para que este saque la cabeza y listo, disparo al blanco. No te desgastes.”

Comparto estos pensamientos con ustedes para que apostemos al agotamiento del enemigo, que es precisamente todo aquello que hacemos y no nos gusta, olvidarnos de toda idea parásita de enmohecimiento o enturbiar a nuestros semejantes, es fácil, el sentido común desgastado enviarlo a la papelería de reciclaje y abrir la nueva carpeta. Una voz que cante con furia de hinchas, pero no con dolores de gol en contra, sino del comienzo de juego en casa. Dígaselo para usted mismo unas tres veces mentalmente, yo ya lo hice:

Hago lo que me gusta y me hace sentir bien, pero eso sí, no jodo a nadie ni a mí mismo.

Sobre los acuerdos ortográficos

Las únicas personas que defienden el idioma son las que lo atacan.

MARCEL PROUST

Desde hace un año y un poquito más el *Team Hormiguitas*, colectivo de promoción social, humana y cultural del estado Barinas, lleva a cabo una actividad llamada *Tildetón*. A ver ustedes se preguntarán ¿de qué se trata todo esto? pues estos chicos intervienen con tildes de papel en los avisos públicos que están mal acentuados. Apuesto a que siguen preguntándose de qué puede a ustedes servirles un montón de carajitos malcriados, obsesivos compulsivos del lenguaje que andan acentuando cuanto cosa hay por ahí, igual cualquiera en un mensajito de texto escribe: “sprm boy ygndo” y entiende. Ya sabemos que hace un tiempo García Márquez hablaba de algo así como “jubilar la ortografía” y muchísimo antes Don Andrés Bello, independentista intelectual de nuestro continente ya tenía propuestas en donde decía que “lo mismo es escribir *genio* que *jenio*”. De ninguna manera les pido que debemos estar en una constante reverencia con la Real Academia, ya tienen suficiente con los 500 años de dominación, penetración y transformación cultural, aquí se trata es de un elemen-

to fundamental y ése es la comunicación. No tiene mucho sentido una tienda de productos para bebés que se llame “bebe feliz”, sería en todo caso el nombre más apropiado para un expendio de licores. El principio fundamental del ser social es precisamente comunicarnos. La comunicación empieza con nosotros mismos y poco a poco va abarcando el resto del campo social, bien lo dice el Sr. Fernando Buen Abad, intelectual mexicano, teórico de la comunicación “todo ser humano es un medio de comunicación” ¿vaya responsabilidad no? Cada uno de nosotros configura una carga a costas de transmisión de información. Entonces, no me negarán la cantidad de mal entendidos por conversaciones en una ventana de chat o en un mensaje de texto, en donde no es lo mismo decir: “Ya sabías como eran las cosas” a “YA SABÍAS COMO ERAN LAS COSAS”. Ajá seguro se han percatado que aquí no hay errores ¿cierto? Por supuesto que no los hay, pero igual, a falta de signos de admiración interpretamos las frases en mayúsculas como si nos estuviesen gritando o algo parecido, hasta nos ofenden. ¿Si ven como el lenguaje es gestual?, sí, ya sé que todo cambia, evoluciona, se transforma; de ninguna manera quiero con esto un debate lingüístico. Ese cambio de lenguaje debe ser utilizado por todos, no podemos de un momento a otro cada quien utilizar nuestra propia forma de comunicarnos, es como si un día de estos a la gente le da por cruzar el semáforo en rojo o ir en vía contraria, sabemos de casos y lo que ha ocurrido con esta negligencia. Puedes encontrar diferentes formas “qn t djo eso”, “kien t dijo eso” ya sabemos que igual podemos entendernos, pero de ser así, que cada uno desarrolle su propia economización de caracteres (que es lo que me parece que solemos hacer) vamos a terminar en una san pablera de incomunicación, por precisamente transformarlo sin llegar todos a un acuerdo. Entonces, claro que podríamos en algún momento simplificar nuestra ortografía, más acorde a nuestra realidad suramericana como decía Don Andrés Bello, pero eso sólo cuando sea acordado por todos. Mientras, debemos intentar comunicarnos de la mejor manera posible. Les dejo un ejemplo muy gracioso de ese gran hombre de la literatura Julio Cortázar, quien decía que la coma (,) es una puerta girato-

ria del pensamiento: “Si el hombre supiera realmente el valor que tiene la mujer andaría en cuatro patas en su búsqueda. Si usted es mujer, con toda seguridad colocaría la coma después de la palabra mujer. Si usted es varón, con toda seguridad colocaría la coma después de la palabra tiene”.

Sobre el compromiso de recomendar libros

Leer al igual que la escritura llega a convertirse para algunos en un compromiso. Compromiso con nosotros mismos ¿en qué momento nos asalta y se convierte en una responsabilidad el hecho literario? La respuesta del porqué seguimos leyendo sin parar y del porqué escribimos cambia junto con nosotros de forma continua. La literatura es de las únicas cosas que me ha dado respuestas, por eso la prefiero al momento en que me nombran religión o política; eso me lo hizo saber hace poco un compañero de camino, quién sabe cuánto tiempo me hubiese tardado para entenderlo yo mismo, y es que precisamente de eso se trata, el compartir un sin fin de ideas para concretar así una realidad por la que podamos transitar alegremente. Hace poco estaba en la librería, entra un profesor amigo de la universidad que me presenta una pequeña tropa de alumnos, con gusto los saludo y me dispongo a comentarles todo lo que pueden encontrar en esos bellos espacios, sabemos que a más de uno nos gustaría convertirnos en libreros o a lo sumo bibliotecarios, yo aproveché en ese momento para tener mis 5 minutos de librero. Una de las chicas que acompañaba al profesor me dijo “qué me recomiendas” allí se presenta el compromiso que les hablé en un principio, la bella responsabilidad que tenemos al recomendar un libro. ¿Cómo dejar esto al azar?, de ninguna manera, comencemos entonces por indagar los gustos de los interesados y por supuesto buscar en los anaqueles de la tienda y de nuestra memoria lo que creemos podría gustarles. Podría ser más bien una suerte de azar planificado, recordemos que a veces los títulos nos engañan, los títulos pueden ser una gran impronta del imaginario del autor inmerso en ese dispositivo, así como también algún juego retórico. Por lo general me meto a egoísta cuando recomiendo títulos, en su mayoría son los que me han gustado (y por qué no) así como

los regalos que doy, por lo general lo hago como si me regalara a mí mismo. Hace un tiempo una profesora me dijo que le recomendará un libro, me aventuré y le recomendé un par de títulos: uno de una biblioteca feminista y otro de Briceño Guerrero de tipo cuento ficcional-biográfico, ya sabemos con qué nos sale el tan querido abuelo llanero andino. Qué sorpresa la que me llevo hace un par de días cuando esta compañera me comenta lo encantada que estaba con los libros, me dice –oye sabes que fui a un congreso feminista y conocí a la autora que estaba dando una conferencia, lo máximo- A ver, ¿si ven como resulta nada arbitraria esa decisión de recomendarle a alguien un libro de texto? hay que enamorar a la gente del libro. En *Escritura Conquistada* Floriano Martins nos cuenta que en una oportunidad José Lezama Lima le recomienda a Lorenzo García Vega como primera lectura *Los Cantos de Maldoror* del querido Conde de Lautréamont, eso no se lo haría yo a una persona que no está acostumbrada a leer, ahí comenzaría a mirarme con rareza, pero conociendo a Lezama y su caracol en un rectángulo de agua preferimos dejarlo así, allá los poetas con sus vainas. En fin, prefiero recomendar libros que cualquier otra cosa, así me equivoque en la elección. Últimamente sigo cuestionando el oficio, prefiero ponerme de lado de los promotores, eso requiere menor compromiso que el de poeta o ensayista, procuro no convertirme en enemigo de mi mismo y de los autores, las etiquetas al final terminan siendo una paja arrogante, por eso prefiero hablar de lo que recientemente he leído (y me ha gustado) en vez de bautizar el hacer como crítica, poesía o ensayo, hablo más bien de comentarios de una obra y así, supongo que ya vendrá algún momento en donde comience a escribir de lo que no me gusta. Comentar me parece una bonita forma de recomendar lecturas, las lecturas que nos gustan. Una buena forma de aprovechar los libros buenos, bonitos, baratos y bien escritos, pues compramos varios y los repartirlos entre los amigos, entendamos como amigos también aquellos que no conocemos pero que al entregarle ese bello artefacto generamos un gran vínculo, pensémoslo así. Así es mi manera de promover, un encuentro cercano hablando del libro y pasándolo de mano en mano con los amigos, como amigos.

Escribiendo, recitando, caminando, gerundiando

Hace un par de meses atrás me dio por gastar el sueldo del mes en un megáfono. Este singular artilugio de amplificación de la voz lo utilizo con los panas para leer poesía en las calles. Si, lo admito, de un tiempo para acá me invade una obsesiva compulsividad de inundar a la ciudad con poesía; el estencil, el grafiti, los recitales a gañote puro, los panfletos, cualquier cosa que sea una herramienta para seguir llevando la palabra que tanto hace moverme, que me lanza a un gerundio eterno significativo. Tal vez a mí y los compañeros que nos lanzamos a leer en la calle nos ataque una indigesta ingenuidad de que con la palabra y POR LA PALABRA podemos cambiar la ciudad y la sociedad misma, y sí, nos mueve una esperanza ridícula de que podemos cambiar el mundo con la poesía; idealistas pues. No es que terminamos como fanáticos interpretando rígidamente al poema y que la salvación está en la poesía, cuando quedamos hace rato que era cuestión de sentirlo y vivirlo; cuestión de sensaciones, del ser. La poesía en todo caso hay que tratar de no volverla jamás un dogma, imagínense ustedes a fundamentalistas de la poesía; la poesía, al menos no será jamás para mí una religión; y si es así, se perdieron esos reales. Tal vez piensen algunos que somos unos seres abyectos que sólo metemos la cabeza en el libro para olvidarnos de este remedo de sociedad que nos asfixia, de cierta forma tienen razón; pero si el poeta es, hasta de la asfixia piensa el poema, por eso será que un poeta colombiano que leí hace poco dice que hay que escribir el poema del preso, el del dolor de cabeza y bueno, si las cosas son así entonces sigamos con eso; escribamos el poema del buhonero, del vendedor de Cd, de la pollera, del señor del transporte público, recuerden que no sólo los poetas y los idealistas sufren la asfixia, es digámoslo así, un mal de la humanidad, un mal del ser. POR LA PALABRA se puede también destruir, y es que si de palabras están hechos los poemas el mundo también, no hay cosa que no tenga nombre, ¿o sí?, eso ya es un asunto de poesía, nombrar las cosas, o como dice el poeta Benito Miseses *Nombrarse con las Cosas*, el poeta también destruye, atribuyéndose malignas condiciones de esteta, quién soy

yo me pregunto, para condicionar la belleza de un poema, para escoger los temas en la poesía; hasta Nietzsche salió con eso de que no hay hechos sino interpretaciones. Yo asumo a que cada quien tenga sus interpretaciones de ese andar por la vida, como ya he dicho, siempre y cuando no seamos las piedras en el camino de otros, claro, el poeta puede convertirse en una piedra en el zapato para sí mismo, si el deseo está en cambiar algo que no le gusta que procure cambiarse así mismo. Y sí, así de pernicioso puede ser el pensamiento del hacedor de versos que pretende ser ente legislador total, hace poco me han acusado de ser periodista y no poeta, por entrevistar y escribir en periódicos supongo, y bueno, qué se le hace, y es que dentro de tanta asfixia supongo que les da a las neuronas de algunos morir poco a poco. Y sí, ya sé que escritor es una cosa y poeta otra, pero entonces si descubrir al mundo y tener esa revelación, ese chispazo epifánico del poema es sólo para los poetas, pues entonces hay que empezar a segmentar entre seres humanos y escritores, porque todo ser humano ha tenido esa fugacidad multisignificante. ¿Descubrí América al decir que todos los hombres son poetas?, ya sé que no, sabemos que hace rato un gentío vive diciendo eso, lo que quiero decir es que al poeta le concierne la poesía y la escritura, no la estratificación de oficios, porque sólo a través de experimentar con el lenguaje, con su configuración del mundo en la escritura es lo que precisamente lo hace oficial su rol, a fin de cuentas es una decisión que él tomó, no vamos a andar por ahí dando títulos poéticos ¿se imaginan? (Yo, sir verso segundo proclamo a perico de los palotes como sir poeta pequeño tercero) es preferible arrimarse a la palabra e intentar que encuentre la poesía.

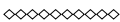
Creemos entonces en este mundo de bienes que todo se compra, todo se trueca; de esta manera está la necesidad o la vista fácil de adquirir el mundo, así como un zapato en la vitrina pretendemos adquirir el relleno del cuerpo, en la ausencia de caminos para encontrar el alma

Por eso seguiré hasta que la poesía me lo permita, escribiendo, recitando, caminando, gerundiando, POR LA PALABRA.

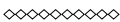
Cross-examination

La palabra al por menor o párrafos detallados y la palabra que encandila

Ya decía Alfonso Reyes que unos andan con una manía de ser estetas del poema, cuando a fin de cuentas la poesía hace un trato con el poeta casi que en secreto, para que no se dé cuenta de ello y no se ponga a contárselo a los demás, ya sabe ella que los poetas como buenos profetas no saben guardar secretos. Por eso de la valoración estética del verso me dicen las vibraciones coquetas del universo, no vale más un verso hecho por ti, el del hijo de la vecina o el de un campesino, un poeta con su saber popular que en su vida ha pasado por una escuela de letras o taller literario; todos -aunque algunos no lo quieran admitir- son invencioneros, claro, habrán los que son legitimados por una visión compartida de las realidades y las formas. Todo resulta un ciclón de gustos y distinciones, apuesto que en su condición del ser, entiéndase como figura pequeñita ante el mundo, pequeño figuraje a contraluz de los dioses y el universo, evitan ante todo el arrollamiento de los camiones de la continuidad; eso pasa por estar pensando tanto la imagen, qué sólo le pase a los cronopios cortazianos. A todos nos invade la poesía, nadie se escapa a intentar ponerle nombre a su realidad aparente.

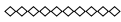


Es entonces en donde se te ocurre meterte con el pasado o hermosas piezas de las evocaciones intemporales, llámese gente o recuerdos, hagas lo que hagas todo termina siendo un lío semántico, que no comprendes si comienzas a “molestar” o más bien “duele” o “extrañar” pero de hacer o hacen falta pues, todo un lío semántico, un lío del lenguaje.

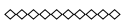


Hay de todo en las palabras y con las palabras: menudeo al detal y al por mayor; hay entonces los zapatos y sus cordones los pescadores y sus anzuelos los fascistas y su uniforme (y los

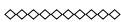
sin uniforme también) el policía del tránsito y su silbato compartido con las garotas y sus pitos; el frutero y sus amarillas piñas el taxista y sus eternos cuentos el burócrata y sus sellos el universo y sus ecos el espacio y su reguera de silencios.



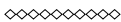
Un papel para otro papel para otro papel para otro papel para otro papel. Puede aparentemente tener tres títulos: burócrata o burocracia o un poeta antiecológico.



La palabra es un antidilatador dilatador, achica los intersticios del ser a fin de contribuir como agente estrechador de soledades, se dilata por su necesidad multisignificante de engullir todo lo creado, es decir, todo lo que ella ha dado y dará nombre.



La palabra, sólo tienes que decirla, pronunciarla; ta` barato dame dos, o ¿digo dos? (¿o pienso dos?) ¿O escribo dos?



Hablando de las persecuciones de Borges, porque todo el mundo vive nombrándolo (que ladilla pienso) y yo sin leerlo a fondo como los señoritos planchaditos de la literatura lo mandan. Porque si no lees a Borges ¡ui! pues no estás en nada. Bueno, hace unos días, entre cervecitas, un amigo recita el primer párrafo del Aleph de memoria y yo ¡coño, viejo tenía que ser! y que conste que no soy gerontofóbico, entonces a las horas resulta ser el cumpleaños del argentinito; ahí es donde me dije que esto no se trataba de un capricho de la sincronidad, sino que se debía a otra cosa. Me veo obligado a acercarme nuevamente y bueno, con estos ojos nuevos que día a día les da por cambiar las apreciaciones de lo vivido. Me topo entonces con “Comprendí que el trabajo del poeta no estaba en la poesía; estaba en la invención de razones para que la poesía fuera admirable” este Sr Borges resulta pues ser todo un iluminado, recordándome a Pablo de Tarso por el asunto

de la ceguera- pero al parecer nunca llegó a la concordia con dios pues continuó así hasta el final. Es entonces el colmo de ser un iluminado ciego, iluminado al fin o encandilado por las palabras que fosforecen y no dejan de hacerlo.

Diálogo cruzado

En el no tan lejano 2008 llegó a mis manos un librito muy simpático titulado: *Coloquio: Otero Silva, Neruda, Asturias y yo*, de Santiago Valero Castillo (Caracas, 1942). En un ejemplar de no más de ochenta páginas se encuentran tres entrevistas a grandes personajes de la literatura suramericana, fascinado vi otra cara de la entrevista periodística, sumada ésta a mi eterno gusto por escuchar lo que tienen que decir sobre la poesía sus hacedores. A partir de ese momento comencé a pensar la entrevista, en cómo concebirla más allá de un compartir efímero y de una interrogante más allá de saber las inclinaciones gastronómicas a la que nos tienen acostumbrados la prensa rosa, y, que de cierta forma ha configurado una realidad supuesta de lo que es una entrevista. De esta manera comienza a comprender uno como este género periodístico puede ofrecernos un sinfín de posibilidades fundado en el compartir de la palabra con los escritores, poetas, artistas y demás hacedores, entendiendo esta herramienta periodística como el diálogo cruzado necesario, el coloquio que amplía los aconteceres de la palabra, aclarándola y opacando cualquier concepto de pregunta hecha de un extraño a otro extraño, sino más bien como dice el periodista argentino Jorge Halperín “la entrevista es la más pública de las conversaciones privadas” y que esté dispuesta a compartirse con nosotros nuestras inquietudes en torno al hecho poético.

Decidí entonces aprovechar las herramientas tecnológicas para desarrollar un trabajo periodístico, sin desdeñar desde luego un repaso bibliográfico por trabajos de entrevistas y afines, para saber en donde me estaba metiendo. Realicé entonces una lista de autores venezolanos para comenzar este experimento. Utilicé herramientas como Facebook y el correo electrónico, que

tal vez pueda resultarle inadecuada a algún escritor o entrevistador de avanzada, de esta manera terminé conversando con César Seco sobre Elías David Curiel y Gelindo Cassasola, la entrevista era a propósito del suicidio y bueno, terminamos promoviendo al *maudit* en la literatura nacional, de alguna forma reviviéndolos nuevamente. Al año César me comentaba que un grupo de estudiantes habían leído el texto y se habían encontrado con Cassasola, para ahora leerlo y discutirlo. En otra ocasión conversé con Luis Alberto Angulo quien atinó a decir “el impulso de buscarnos en el otro comienza en reconocernos a nosotros mismos aquí y ahora”, hablamos de la generación del 18 y bueno, terminamos hablando de uno de sus grandes intereses: Enriqueta Arvelo Larriba, ni hablar de Luis Alberto, pero el otro, Crespo el de los fogajes Caroreños, quien se apuró a defender su cruzada por el pensamiento del gran Andrés Bello, a quién si tuve la oportunidad de entrevistarlo en persona y vaya que es complicado transcribir una entrevista desde una grabadora -qué trabajón el de antes pensaba, bastante emocionante fue escucharlo decir “El país ya dejó de ser ausente”. El entrevistador lo que hace es estimular, ya luego, si hay la disposición, el entrevistado se abre presto a conversar sobre lo que más le gusta, por eso intento trazar por lo general un perfil del entrevistado para obtener impresiones sobre su trabajo, y de esta manera seguir haciendo nuestra labor de promotores y vinculadores constante de nuestras labores al colectivo. La entrevista entonces como encuentro, un hermoso encuentro para dialogar y echar las cartas sobre la mesa del oficio poético, un compartir en torno a lo que nos anima y nos hace ser, la poesía.

Por allí encontré una frase que me ha gustado mucho y de cierta manera define estas acciones: “la poética del diálogo”, ¿no fue en una entrevista en donde Lezama Lima definió la poesía como un Caracol nocturno en un rectángulo de agua? Allí entonces la magia del diálogo cruzado, de la palabra por la palabra.

Desarrollar nuevas entrevistas a otros poetas se hace necesario, el ejercicio del coloquio continúa; la idea es abarcar la mayor cantidad de voces posibles, como una base de datos en

constante alimentación. Lo que en un principio era entrevista a poetas venezolanos se convirtió en una fascinación por escuchar lo que se dice sobre el oficio poético en cualquier parte, de esta manera no sólo abarcamos lo fundacional, es decir, lo de nuestros ámbitos, sino que también intento buscar los ecos de esas otras proyecciones del oficio literario. Abordé entonces al brasileño Floriano Martins, quién ya tiene un sobrado trabajo en esto de las entrevistas a poetas. Tanteamos nombres y publicaciones de la poesía brasileña en nuestro país, además del gran potencial literario de nuestro continente, en donde abogaba por seguir empeñándonos en más calidad que cantidad poética. Lanzó en sus declaraciones una gran preocupación sobre la creación: “Nuestro tiempo es el tiempo del arte machacado por el mercado y la política”. David Cortés Cabán fue otro de los importados con quien conversé, tuvimos la oportunidad de compartir en Amazonas, estábamos invitados al Festival Mundial de la Poesía y coincidimos en Puerto Ayacucho. Maravillado me contaba las grandes sorpresas que se llevaba en cada visita a nuestro país, y por supuesto su amistad con Ramón Palomares, además de las colaboraciones con la revista *Poesía*, todo un sinfín de emociones concentradas en ese ir y venir del oficiar la poesía. Es así entonces como nos permitimos viajar en las conversas y redescubrimos por la mirada de los que nos visitan y a quiénes visitamos. No sólo es apreciar los viajes interiores de cada uno en el ejercicio de la palabra, también el cómo somos capaces de encontrar y darle el espacio que corresponde a todas esas grandes cosas que edifican al colectivo; “La poesía por demás es una excelente vía hacia el conocimiento de la vida y el mundo, una experiencia personal que se completa en la lectura y la experiencia del otro” comentó.

No todo es direccionalidad positiva en el coloquio, siempre encontraremos diferentes disposiciones, como en el caso de Iván Beltrán Castillo a quién también abordé para conversar un poco sobre la poesía colombiana, a quién traté de sacarle algún nombre que considerara dentro de la actual poesía de su país, y bueno, dijo algo así como: “en Colombia hay muchos poetas pero muy poca poesía” claro, esto sólo formó parte

de una de sus declaraciones, se refería más bien a ese juego perenne de la oficialidad del poeta, y de aquellos que llamo fundamentalistas de la poesía, en donde algunos asumen el mullido papel de aprovechadores de la retórica, más que disponerse humildes a su ancestral huella sucumben ante el yoísmo que le quita sentido a las oraciones y la naturaleza de la poesía. Por otro lado iluminó con: “la poesía sigue siendo el lugar de las revelaciones” y “hablo de que ella (la poesía) es el territorio posible de toda la libertad”. Es así entonces como no resultó todo un evitar las respuestas esperadas, más bien le dio un giro a los planteamientos para hacer posible otras oportunidades de conversación, infaltables para ofrecernos reflexión, tan necesaria en el acto de escribir, de pensar el poema, de pensar la palabra.

Es así como partí de leer unas entrevistas hechas por Santiago Valera Castillo a Neruda, Asturias y Otero Silva, a planificar unas cuantas entrevistas a poetas venezolanos y terminar encontrándome con unos cuantos del resto del continente. Ahora el trabajo continúa y sigo buscando hacedores para darle continuidad a este gran coloquio del ser, este diálogo extendido, esta reflexión extendida sobre el oficio poético, que no busca otra cosa más que indagar en aquello que nos estimula a hallar y encontrarnos con la palabra del otro, los diferentes significados que nos revela la poesía, impulsándonos a seguir entendiendo nuestra condición del ser, convirtiéndonos en sus receptores, atendiendo a sus caprichos de dictar las maravillas del universo a los que vibran de acuerdo a su sintonía.

Retórica del boqueo

I

Hay un domingo en donde aprovechamos para arrastrar los zapatos en la calle porque nadie nos ve. Hay un domingo rítmico y serial que se expande en una ancha geografía acuática lluviosa y pies mojados. Hay un domingo en donde nos sacamos del pie izquierdo varias astillas fusionadas con hierro para descubrirnos una pata de palo. Hay un domingo para echarle toda la culpa al *about : blank* y al mercado. Hay un domingo que es irremediamente domingo.

¿En qué momento evadimos preguntas, en qué momento nuestras interrogantes son respondidas, o todavía somos tan ingenuos en pensar que fuimos escuchados? ¿Podemos confiar en nuestros iguales, confiar recibir respuestas, ecos de nuestra propia conciencia, seremos proyecciones en ellos? El poema no responde generalmente como esperamos, no sería entonces raro que esperásemos lo mismo de la poesía y los poetas; se convierten en pretextos para hacerlos evocar como oráculos, exigimos sus vástagos, los restos que han soltado y siguen soltando, consagración a la multiplicación (incesante) de lo ilusorio.

Luego de darnos cuenta que los remedos de árboles de concreto no sustituyeron nuestros miedos, acuñamos nuestra fragilidad en bólidos que comprometen el quince y último. No es fe ni estrés ni vacío ni psicosis ni gripe ni remedo de pandemia herramienta del nuevo orden mundial, es ser; humanidad. Unos matan por aburrimiento, por no saber qué hacer, porque les molesta el ruido que hace el otro; dicta como pretextos Max Aub en *Crímenes Ejemplares*, mientras, seguimos ignorando todo eso hasta que no podamos evitarlo, y es que esta incertidumbre mezclada con deseo es colectiva. Es una red mucho más densa que la noche, sublima al smog, el *soundtrack* del discurso del mudo, magneto que atrae libros a una hoguera en vez de metales. No es una pesadilla, le llaman progreso.

Yo no siento en el verso el deseo de adornar con palabritas porque no tengo nada que ver con “taciturnos” ni “otofños” ni “falda de flores”, mi modelo a seguir es más cercano a Mario el de la braga roja, porque traga flores para escupir fuego. ¿En dónde quedamos que habitaban los desalmados?, ya habíamos prohibido o al menos aconsejado evitar la prisa, los círculos enciclopédicos. Invitamos a sentir lo ingrátido, a evitar la grafía enigmática en el vórtice de los consultorios y los récipes. Médicos astutos nos descubrieron huyéndole a la náusea que se presenta en los combates. No podemos salir de la red porque después de ese mal sueño nuestra cabeza quedó igual de grande y las agallas se hincharon, estamos atrapados irremediamente; entonces, mientras haya oportunidad, acudamos al centro de la espiral.

Quedaron rojas, grandes por la hinchazón -las agallas definitivamente no le quedan bien a los mamíferos-. El boqueo no le queda bien a uno (y a quién le queda bien semejante acto de mediocridad) porque para uno el cuerpo es sólo oportunidad. Se ha alimentado de la calidez de las palabras, lo transeúnte, los recuerdos de nuestra vasta colección de caminerías, que de alguna forma terminaban en puntitos rojos y flores de casa en la colina. Lo ideal sería -si se pudiera en todos los casos- salirse de sí mismo, y no existirían alternativas. Leer entre líneas no sería lo más claro, mucho menos fijar la vista en las líneas blancas de carretera. Lo ideal sería jugar a los dados y esperar al absoluto inerte, al absoluto estremecido vuelto envoltura con el cuerpo, y terminar mentando madres a la contienda del devenir.

Se han olvidado horarios, cumpleaños, aniversarios. Nos hemos perdido lunas eclipsadas de milenios. Hemos renunciado y transformado, incapaces de juzgar aquello que no posea luz. No tenemos terrores antes de ir a dormir, pero estamos seguros de que algo quedó pendiente.

Después de esa gran asfixia que nos reventó en una fiesta de vinos y tintos, obviamos todos los acontecimientos, no

asumimos la completa culpabilidad del asunto, comenzamos a escribir, para ocultarnos y con los rastros del boqueo pretendimos con ingenuo optimismo ordenar todas las cosas. Como opción se presentaba cambiar las palabras o ser de los que intentan hacerlo. Sólo nos acobijamos en medio de cantos de rana amordazada, otra razón más para convencernos de ser más peces que anzuelos. Es una búsqueda de certezas y ausencias, espasmos de renunciadas y transformaciones, nuestra boca un recinto vacío para los recuerdos, -ahora Jeckyll ahora Hyde (escuchábamos con voz pacífica) siente como tú, naces nuevamente hoy –

Ahora la razón busca a los culpables, partámonos en dos ligeramente para no representar opción; dimensionarnos en las pocas alternativas. Seguimos pensando que es más importante el anzuelo que el pez, por su seguridad de convertirse en una alfombra roja hacia el boqueo. Debajo de nuestros pies se mueve el piso, allí se escabulleron todos los animales y una que otra nauseabunda cosa que mastica callos de talones. Señores, Aquiles no tiene nada que ver con esto.

Hay un llamado de alerta para avisarnos que ya no es de nuestra exclusiva pertenencia la ingesta de agujas por las noches, ni la extraña cavilación de mediodía. Vocecitas de caracoles aconsejan –hay que temer de lo que se agiganta-

Sobre este oficio se nos invita a desentendernos, que no habrá artificio para mantenernos atados. Queda sortear la monótona prisión, ese asunto serial que nos mantiene obligados. Y viene un coñazo bizco, miope, sin dar un golpe de ceguera. ¿Quién al final ofrecerá sus vísceras? ¿Quién conducirá y tirará de los hilos?

II

Quedaron rojas, grandes por la hinchazón -las agallas definitivamente no le quedan bien a los mamíferos-. El boqueo no le queda bien a uno (y a quién le queda bien semejante acto de mediocridad) porque para uno el cuerpo es sólo oportunidad.

Se ha alimentado de la calidez de las palabras, lo transeúnte, los recuerdos de nuestra vasta colección de caminerías, que de alguna forma terminaban en puntitos rojos y flores de casa en la colina. Lo ideal sería -si se pudiera en todos los casos- salirse de sí mismo, y no existirían alternativas. Leer entre líneas no sería lo más claro, mucho menos fijar la vista en las líneas blancas de carretera. Lo ideal sería jugar a los dados y esperar al absoluto inerte, al absoluto estremecido vuelto envoltura con el cuerpo y terminar mentando madres a la contienda del devenir.

Se han olvidado horarios, cumpleaños, aniversarios. Nos hemos perdido lunas eclipsadas de milenios. Hemos renunciado y transformado, incapaces de juzgar aquello que no posea luz. No tenemos terrores antes de ir a dormir, pero estamos seguros de que algo quedó pendiente.

Después de esa gran asfixia que nos reventó en una fiesta de vinos y tintos, obviamos todos los acontecimientos, no asumimos la completa culpabilidad del asunto, comenzamos a escribir, para ocultarnos y con los rastros del boqueo pretendimos con ingenuo optimismo ordenar todas las cosas. Como opción se presentaba cambiar las palabras o ser de los que intentan hacerlo. Sólo nos acobijamos en medio de cantos de rana amordazada, otra razón más para convencernos de ser más peces que anzuelos. Es una búsqueda de certezas y ausencias, espasmos de renunciadas y transformaciones, nuestra boca un recinto vacío para los recuerdos, -ahora Jeekyll ahora Hyde (escuchábamos con voz pacífica) siente como tú, naces nuevamente hoy-

Ahora la razón busca a los culpables, partámonos en dos ligeramente para no representar opción; dimensionarnos en las pocas alternativas. Seguimos pensando que es más importante el anzuelo que el pez, por su seguridad de convertirse en una alfombra roja hacia el boqueo. Debajo de nuestros pies se mueve el piso, allí se escabulleron todos los animales y una que otra nauseabunda cosa que mastica callos de talones. Señores, Aquiles no tiene nada que ver con esto.

Hay un llamado de alerta para avisarnos que ya no es de nuestra exclusiva pertenencia la ingesta de agujas por las noches, ni la extraña cavilación de mediodía. Vocecitas de caracoles aconsejan –hay que temer de lo que se agiganta-

Sobre este oficio se nos invita a desentendernos, que no habrá artificio para mantenernos atados. Queda sortear la monótona prisión, ese asunto serial que nos mantiene obligados. Y viene un coñazo bizco, miope, sin dar un golpe de ceguera. ¿Quién al final ofrecerá sus vísceras? ¿Quién conducirá y tirará de los hilos?

¿Literatura desde la literatura?

Decía Roland Barthes: ya no literatura sino escritura de ahora en adelante. Bien es cierto que continuamos dando vueltas y vueltas en círculo con el asunto. En qué momento separamos la literatura y es sólo comprendida como un asunto de resguardo, de acervo sistemático de lo escrito, en contraparte al asunto de la escritura como oficio del pensar, como oficio para vivir y compartir. La literatura no es sólo escribir para los escritores, escritura es pensar y compartir, pensar lo que se ha de plasmar en el papel, y con eso no quiero decir que no pensemos lo que escribimos, es un pensar bien y hasta pensar bien lo malo que vayamos a escribir. Ahora más que nunca tenemos la tarea de reivindicar nuestro trabajo y papel en la sociedad, por eso del oficio del escritor –que mal situado está actualmente-, y la verdad, es que no estoy muy seguro si alguna vez se ha visto bien; -Si escribir no es trabajo, entonces me sumo como otro desempleado más- leí hace poco. ¿Qué tal si en esa comprensión de la literatura nos arrojamos, nos comprometemos a una literatura más allá de un ejercicio onanista en sí misma? no literatura desde la literatura y para la literatura (¿y sus acólitos?). Ejercitar una comprensión desde el pensamiento hacia lo humano, hacia lo social, lo colectivo. Claro, no digo que mucha gente no lo haya hecho, pero si hay un gran montón que ni idea de esto, antes eran unos tres escritores por ciudad, ahora hay como arroz y eso hay que aprovecharlo; aunque el escritor lo ignore, su condición

de pensador -que vendría a ser la más importante-, lo nomina a ser portavoz de una revelación colectiva de la reflexión, a fin de cuentas, escribe a través de cómo percibe al mundo, de sus ámbitos, lo que vive, inventa y padece, es otro más en la “masa solitaria”, llamado a aliviar la condición humana. Ahora el oficio no se trata sólo de escribir, sino de buscar la forma de que la gente lea lo que se escriba, ¿difícil? por supuesto, pero hay que empezar a escribir para lectores, y lo digo porque todavía se percibe la escritura por una bendita configuración de patrones estéticos legitimados a través de una especie de status quo de la literatura, es decir, el curso de la literatura sigue reproduciendo los mismos valores de comprensión de ella misma en sus hacedores, llámese: críticos, empíricos, escuela de letras y todo bicho similar; si se va a escribir para publicar hay que escribir para la gente y para una experiencia valiosa; que sirvan para algo esos árboles sacrificados. Leí hace poco en una entrevista al escritor colombiano Santiago Gamboa “Si te pones a ver la mayoría de los buenos escritores hace mucho rato dejaron atrás esas fronteras cerradas por las teorías literarias y no por los buenos escritores. ¡La literatura la hacen los escritores, no los teóricos ni los profesores de Literatura! La literatura, a pesar de que hoy recibió un golpe de Estado, la hace los escritores”. Yo no sé si de verdad nos hayamos quitado todas las cadenas de la teoría, mucho menos si le han hecho un golpe de estado, pero el verdadero afectado de todo esto es el pensamiento, tan importante para hacer buena literatura, y bastante que necesita la sociedad pensar, y de escritores que piensen, no es que vamos a pensar por la sociedad, pero es por ahí en donde encuentra lugar gran parte de nuestra responsabilidad y compromiso.

Lenguaje y (des) Orden

Luego de una conferencia con el filósofo José Manuel Briceño Guerrero, salí con unos amigos poetas a conversar sobre el evento y los lúcidos comentarios de Briceño. Uno de los muchachos seguía con una pregunta en la punta de la lengua que quedó sin hacerle al maestro, era algo así como “¿el lenguaje

puede ser limitante para la comprensión del mundo, es decir, el idioma que utilizamos para comunicarnos puede ser culpable de comprensiones incompletas o erróneas del mundo, de nuestra realidad?” Resulta que a los minutos vemos a Briceño cerca de nosotros y el poeta lo alcanzó con la interrogante, dijo algo así como: “el hombre aun tiene prejuicios al comunicarse, por eso el poeta y su forma de comunicarse es esencial, porque usa el lenguaje de la poesía para evitar prejuicios, para ser libre”. Vaya a saber porqué habló precisamente de poesía, como siempre sorprendiendo por su extraordinaria clarividencia. Se refirió también al conocimiento no sólo de otro idioma, sino a la investigación y conocimiento profundo de nuestro mismo idioma, como mecanismo para aprender a conocernos a nosotros mismos.

Ciertamente, el lenguaje es capaz de configurar al mundo, es su principal constructor. A través del lenguaje vivimos. La experiencia del vivir es lenguaje, los sentidos son por ser nombrados. Dice en Cien años de soledad sobre Macondo: “el mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo” algo así como una chispa arquetipal que usa García Márquez, para aprovecharse de nuestra filiación eterna con el lenguaje, evocación de la orfandad que acompañaría las cosas de no tener nombre.

Como si se tratase de alguna broma el término reconocer se lee lo mismo de izquierda a derecha que viceversa; hasta la gramática insiste en eso de re-conocernos de principio a fin, de pies a cabeza, hermosa metáfora del ser resulta ser este palíndromo. El mismo lenguaje en su arbitrariedad, en su orientada perspicacia ciega, nos configura, nos compromete a su régimen de creación, su régimen de hacernos y transformanos.

¿Se incrementa la hostilidad en el lenguaje a medida que nos violentamos a nosotros mismos, o a medida que lo violentamos a él? ¿Nos hace el puro lenguaje adversos a la humani-

dad, a su comprensión? El lenguaje, las palabras, los nombres nombran. Nombrar dibuja estructuras, objetos, arquitectura, señales que señalan, calles; cuanta forma existe. Allí las preguntas y respuestas, el eco de los objetos en la interacción sociedad-lenguaje, entramado sociedad-individuo. Vivimos entonces en un constante diálogo con los objetos, con lo creado por las manos del hombre, con las palabras. Diferenciando los lugares que habitamos por signos que nacieron para comunicar el sitio exacto. Está también el signo que nos impide movernos voluntariamente, capaz de poner a prueba nuestra naturaleza y modificarla. Es la persuasión, la comunicación, una máquina devoradora de prejuicios edificada, allí no hay espacios ni tiempo, tal vez se diferencie por tamaño, pero el contrapunto de marcas y tiempo. Está alimentada por la impronta del espíritu, por la impronta del ser en el lenguaje, quien no se permite ser sustituida por otro espíritu prefabricado, manufacturado. Se quita a sombrero los remedos de remedos. Quién más sino la poesía, la que nos salva de la orfandad y sustituye todos los espacios vacíos, con la palabra y por la palabra.

Alegres interrogantes

No todo es respuesta, así parece. Podríamos ciertamente armar compendio eterno de interrogantes. Por alguna magnífica razón las últimas grandes obras de lo escrito tienen una profunda impronta metafísica. Todo lo que arrojan las innumerables experticias realizadas en nuestra mente no deja de ser interrogante; latigazos arquetipales saltan y vemos parpadear sus ojos en medio de una fiesta, de un celebrar la multiplicación de lo desconocido.

Aun está por hacerse el mayor de los inventarios, en donde haya lugar para los acontecimientos bien documentados, esos que el mundo espera desde hace tanto. Se trata –dicen algunos- de fundar un nuevo sentido común que sostenga las cosas, nuestras cosas; he allí la necesidad de cumplir con el inventario, al menos para tener alegres interrogantes. Con

alegres interrogantes se llorar de felicidad, con alegres interrogantes desaparecen las culpas de tanto infinito interior en expansión, aún después de la muerte prematura de todos nuestros actos. Cada palabra una espiral que conduce a la interrogante, cada palabra un animal que busca morder su cola. Cada palabra un beso menos, que más bien busca silencios en otros labios que se dibujan en interrogantes; los amantes: ejemplo de preguntas sin respuestas, de una búsqueda del decir en lo inexacto. Todos; portadores de signos que se abren y cierran. Cada palabra, cada ser; todas las palabras.

Ha aumentado la familia de las preguntas, digo, se construye así entonces nuestro intentar con la palabra en las palabras. El diálogo, el eco propio de la escritura; interrogante; respirar. Interrogante; amor. Interrogante; abyección. Mujeres; interrogante. Ser; interrogante. La misma fuente y posterior etiqueta a las preguntas poseen todo el espíritu de la duda, quién sabe a dónde se fueron los aciertos. Enlazamos –tal vez- los sentidos y unimos pensamientos con la posibilidad de articular un idioma, ese supremo accidente del decir –en la interrogante claro está-

Un amigo me contó que decía Garmendia –y no el de memorias de Altagracia, sino Julio, don Julio- que escribía mucho pero publicaba poco, al contrario de sus compañeros escritores. La interrogante del castigo por hacer de dominio público la transcripción constante de las interrogantes en la escritura –quién sabe qué nos convoca en este negro sobre blanco-

Es entonces la escritura un ejercicio constante de palabras por palabras para palabras. Un ejercicio constante de preguntas sin respuesta.

Extendidas interrogantes

*Yo no comprendo nada
excepto que lo humano es la perpleja
condición del misterio*

Gustavo Pereira

¿Cómo contagiarnos de hábitos, rutinas y costumbres para convertir nuestro día a día en escritura? El poeta, artesano del lenguaje, aprendiz de malabarista en las interrogantes. Cuando se tantea el espíritu, no le responde generalmente como espera; sus preguntas –afortunadamente- pueden ser convertidas en los mejores pretextos para extender su coqueteo con el lenguaje, esquivo oráculo que se disfraza de vórtice personalísimo. Hacedor en la clarividencia, eterno calcador del mundo que pretende apagar la sed del encuentro con la interrogante; sed del (que es y hace) ser.

¿Escuchamos realmente las pulsiones de nuestro interior? Cada quien ve como quiere ver. Aun en las infinitas diferencias de nuestra observación, de nuestras miradas, los signos que nos comunica el mundo son los mismos desde la primera implosión de vida. Aunque parezca un caos de señales, no podemos dudar que la confusión es saludable, en la tranquilidad no se puede encontrar la poesía y su significación; está más en el lugar de las expectativas, más en el misterio.

¿Qué tan críticos podemos llegar a ser con lo que amamos? Cada quien tiene lo que debe tener. Por esa razón intentamos reconocer qué es el deber, si hay realmente algún signo que nos merezca. El devenir –seguramente- será dejar ir, todo pensamiento con el paso del tiempo parece ser un canto imbécil a la belleza, un aplaudir de focas repetitivo; la poesía enseña que aunque pueda ella importarle a pocos, a casi nadie, a los pocos que llega atonta, de tal manera que mientras más nos involucramos con el lenguaje, con la palabra, más preferimos evitar hablar.

¿Qué tanto se extiende el tiempo, qué tanto es significativo más que significado, qué tanto dejamos de ser en la escritura,

qué tanto nos hacemos en ella? Para los signos, el tiempo los arroja llenándolos de mayor significación, en donde capa tras capa que vamos quitando encontraremos infinitos saberes acumulados, para encontrar significados detrás de los significados hasta el infinito. Poesía-poema-poeta, universo-signo-ser: allí agrupados con mucho frío significado y significante. Dejamos de ser con sólo agregar una palabra, un solo fragmento, misterio que toca al misterio; al agregar significado nacen los ochos transeúntes en nosotros, sonrían las extendidas interrogantes.

Cross-examination

Pareciera que vivimos empapados y sumergidos en un mar de medianía e inocencia. Inocencia por la pretensión de vivir, y con ello, todo lo que tenga que ver con enfrentarnos a la interpretación simbólica que configura el acto de pensar y crear. Como si realmente importara, seguimos considerando estilos y formas en el hacer; que si ensayo, que si poesía, que si cuento. Preferiría -más bien- comentarios sobre una huída, sobre el escape a mantenernos con los brazos cruzados, estirando las manos para disponernos al hacer después de la idea, del pensamiento. Era un escritor que vivía pensando en escribir y pensó tanto que nunca escribió nada; tal vez un castigo de inmovilismo, de igual forma si pensamos y escribimos al mismo tiempo terminaremos dando forma y fondo, claro, con muchas cosas para arrepentirnos desde el más allá, o segurísimos sacudones en la tumba, estimulados por nuestra necesidad de haber escrito por escribir. Cross-examination, con eso me encontré en estos días, ni idea del significado. Busco y encuentro que tiene que ver con el interrogatorio; la sincronicidad sigue haciendo de las suyas, evoco de inmediato a Jung y al dramaturgo inglés que nos sembró ser “juguetes del destino”. Y vamos en la tómbola; era un escritor que pensaba tanto en escribir, que todavía sigue pensando; siguen levitantes las ideas, las aprehensiones del mundo, aceleradamente nos expone que al sólo mirarlo lo afectamos, al sólo mirarlo somos afectados. ¿Es entonces el interrogatorio hacia nosotros, o nosotros interrogamos al mundo? Según la cábala el arcángel Raziel, denomi-

nado el guardador de secretos, el guardián de los secretos, de hecho se dice que es el autor de un libro en donde están todos los conocimientos, tanto de la tierra como de las alturas; ha estado mucho tiempo al lado del altísimo escuchando todo lo que allí ocurre. Se dice también, que todos los días en la cima del monte Horeb proclama los secretos a todos los hombres; hermoso símbolo del estar atento a lo que ocurre alrededor, considerando las revelaciones que deben ser resguardadas en la escritura para la disposición del universo. El riesgo tal vez esté en distinguir entre lo que somos capaces de comunicar y lo que nuestros espacios nos quieren comunicar, para así tomar nuestro puesto, tal vez no sea en una gran montaña, pero si desde los rincones que dicta la intuición, pues esta sacude y asume las palabras y los decires desde cualquier lugar; desde pequeñas conchas marinas -en cualquier parte del mundo- a las habitaciones, bosques, caracolas y galaxias.

Siga pues el interrogatorio desde la intuición, imagínate tú: del latín *intueri*, algo así como contemplar, mirar desde el interior.

Tanto por especular

Cuando uno se amarra a los axiomas, a las verdades irrefutables de la ciencia, es posible sentirse converso en alguna religión; más límites -me repito-, más esferas trazadas a fuerza de convenciones. Uno no sabe hasta qué punto desvirtúa el pensamiento al escribirlo. Se dice que la escritura es algo así como la oportunidad de ordenar el caos de lo que se piensa, de lo que pensamos. Tal vez -digo, de repente- hasta sea todo lo contrario y la transcripción se convierte en mero afán de imponer algún tipo de orden al alentador caos del pensamiento. Y digo alentador porque todo obedece al caos, sino preguntémosle al universo cómo se hizo y de dónde viene. A lo mejor de tanta concepción del mundo por lo escrito y lo leído sea otra manera más de alejarnos de nuestras verdades, formas y constructos del pensamiento. Otro barullo de occidente para alejarnos de nuestras alegres arbitrariedades. Y digo

alegres porque celebro lo arbitrario, tal vez por eso pareciese que volvemos a lo oral-auditivo y aunque no me agrade le hacemos boicots a la ortografía –tampoco hay que hacerse de ilusiones-, dice Nietzsche que ni de vaina vamos a comprender la muerte de dios si todavía somos esclavos de la gramática. Para lo único que me han servido las clases de filosofía es para que me hayan hecho creer que ella no es ciencia, y tampoco religión –menos mal- menos mal que ciencia tampoco; no se busque entonces aquí formas ni literarias ni científicas, ni religiosas, es más pastiche de comprensiones del mundo, de la palabra, del ser en el pensamiento. Y digo de nuevo, pues todo esto sale de la conversación diaria, de poesía y vida, es la reflexión a partir de la continuidad: ¿Significado y significante? todo -digo- se le atribuye al poema, desde el ejercicio lúdico a los paseos por el caos y lo abyecto. La poesía estimula; nosotros -siempre-(digo)- especulamos- especuladores permanentes; no tengo nada como soporte más que el sampleo de lo que he leído, vivido, pateado y vuelto a samplear.

Salgamos entonces a encontrarnos con el mundo y sus formas, a experimentar lo que es capaz de hacer en nosotros; hay tanto por especular. La condición de maleabilidad, que dice se otorga sólo si somos capaces de desconocer todo límite; está la forma, el objeto, el tema, la vida hecha palabra arbitraria, impenetrable (e invita a ser forzada), columna de humo y del azar, la verdad percibida en un solo espacio, para desconocer lo que hasta este momento llamamos alma por la palabra.

Top 10 de consideraciones en torno a la Literatura y los literatos

Nº 10: por lo general la primera edición 500 ejemplares los ha leído realmente tu pareja (por obligación y solidaridad conyugal) tus compañeros poetas lo dejaron abandonados en su biblioteca, si lo abrieron para leerlo lo cerraron cuando encontraron un buen poema; no fueron capaces de soportar no haberlo escrito.

Nº 9: de 10 escritores 3 dicen la verdad cuando dicen haber leído *Ulises* de Joyce y *El Quijote* de Cervantes. Prueba en conversaciones comentar fragmentos del libro y con un mínimo de conocimiento de lenguaje corporal los verás incómodos frente a tus ojos.

Nº8: todo escritor que se precie es un todero.

Nº7 hay una gran tristeza en el escritor que se cree original, como dice Franklin Fernández, el plagio es clarividencia.

Nº6: todo escritor cree fervientemente en el libro como herramienta de liberación del alma -al menos es lo que intenta demostrar- la ultramodernidad le da como regalo la era digital y lo deja sin discurso; el ocaso del libro está a la vista. Los escritores escriben para escritores, las editoriales imprimen por dinero y seguirá así hasta que haya otra alternativa de hacer dinero o se talen todos los árboles para imprimir hasta el último libro.

Nº5: toda literatura es especulación. La crítica literaria: la madre de las especulaciones. La poesía no es literatura, -gracias a dios- es todo menos literatura.

Nº4: a más de un escritor le fastidiará este top 10.

Nº3: a más de un escritor le gustará este top 10.

Nº2: todo escritor es un profundo provocador, sólo que le pesa el lenguaje como prejuicio, le pesa cuando es provocado no cuando provoca.

Nº1: para un crítico un top 10 de literatura y los literatos sería: de Virgilio a Borges, para un narrador: Cortázar a García Márquez. Para un poeta: una simple curiosidad, un simple chiste.

Espirales e imaginación

Quién sabe en qué momento le dio al ser humano esas ganas de crear al infinito. Hablo del infinito desde mis propios límites, y digo límites por la insistencia de hablar de lo desconocido; lo infinito como lo eterno, lo imperecedero, perdurable, sempiterno, perenne, continuo; espiral pues. La forma de la espiral no sólo está presente en lgas representaciones de lo incesante en Lezama Lima, o cualquier otro escritor que asu-

ma los cateos de significado en lo simbólico. La espiral es un símbolo de identidad Wayúu, haciendo correspondencia insólita inmediata con otros pueblos del mundo. Se podría especular sobre esta forma como vestigio arquetipal que reclama ser invocado –me miro a mi mismo escribiendo sobre ello- vaya juegos de la sincronía imagética. Se habla también de acercarlo al lemniscata, ese ocho acostado al cual hemos dado la posibilidad de representar al infinito. Borges habló de un eterno retorno, al igual que Nietzsche y otros pensadores, allí podríamos –en la descripción espacial de las formas que componen este símbolo- ver lo que se nos ocurra: senderos que se bifurcan, ríos encontrándose, ocasos de ídolos que zanjean de tanto pasar por el mismo sitio. Por el mismo espacio pasan las ideas del hombre, por el mismo territorio (la boca, la mente) intenta ser pronunciada la palabra y las palabras, en una pulsión continua sin fin que comparte revelaciones a costa de todo escepticismo. De niño recuerdo encontrarme ciempiés enroscados y otros insectos que llamábamos rosquillas, haciendo ochos, queriendo describir espirales y quedándose como botones para llevarnos a las imágenes de los recuerdos al momento de ser accionados. Dice Hiram A. Moreno que “nunca sabremos que es el hombre si no lo pensamos poéticamente”, por eso llamo en la palabra a las espirales. Teseo y el minotauro en un laberinto, más que estar perdido a lo mejor vive la metáfora para afrontar su destino con su propia imaginación, si un hombre no es capaz de poner a prueba su imaginación no es capaz de vivir, mucho menos de salir con vida en un escenario de intersecciones, convergencias y culebras ciegas que se juntan, desde la partida a la identidad, al origen, al presente, al pasado, continuum que nos permite remitirnos a cualquiera de las imágenes que fuimos, cualquiera de las tomas que nos recuerdan la ausencia de ser certezas inmóviles. Hay hombres y mujeres que cuentan historias de hombres y mujeres, evitando cualquier mal entendido que quiera separar una cosa de la otra; espirales y ochos acostados -nuestra fantasía presente- así como existen libros sobre libros, letras sobre letras, palabras sobre palabras y poemas sobre poemas, describiendo incansablemente la lemniscata del ser.

¿A qué corriente perteneces?

Hace poco en una conversación me preguntaron -¿a qué corriente perteneces? Quedé algo extrañado, porque de verdad no tenía idea de lo que me hablaban, me agarraron fuera de base como quien dice. En un gesto más vivaz que real, me respondí a mi mismo más tarde -soy un especulador, pertenezco a la corriente de los especuladores, de los provocadores, de los panfletarios e incendiarios. Tal vez podría pensar que anteponiendo la designación de ese hacer en el pensamiento, en la escritura, la reflexión o cualquiera de las tareas, ya esté exento de toda culpa clasificatoria; como dice el poeta Armando De Luca “soy inocente así se demuestre lo contrario” Ya habíamos conversado en ocasiones anteriores sobre la escritura como ejercicio de las huídas, el agarradero que encontramos para no embotarnos de soledad y pena, el pasamanos de una escalera de caracol por donde transita esa multitud solitaria que llaman escritores. Leí una vez “ser poeta no es una ambición mía, es mi manera de estar solo” frase del poeta portugués Fernando Pessoa ¿qué tal si fotocopiáramos en muchos papelitos esa frase, la sustituyéramos por diferentes profesiones y las repartiéramos; a los médicos en los hospitales, los maestros en sus escuelas, a los policías en sus comandancias?, ¿vaya lío se formaría no? Es una de las formas en que asumo el ejercicio de la palabra, a través de la confusión, la sorpresa y la interrogante, en esa búsqueda constante de enfrentarnos con nosotros mismos. Por eso es que cuando me hablan de corrientes pienso más en ríos y electricidad, ríos que nunca son el mismo río, río en el que río como ser, río en el que un hombre no es capaz de sumergirse en la misma agua -agradecidos estamos Heráclito, por pensar en esa corriente. Supongo que un hombre tampoco ve dos veces el mismo cielo, igual que tampoco ve dos veces el mismo rayo, el mismo que dibuja los espacios -a propósito de la corriente como electricidad. Hay otro lugar en donde podemos voltear todos los acontecimientos y lógicas, y es en la imaginación poética. Espacio que está precisamente dispuesto para jugar a las siluetas del imaginario ¿qué mejor sitio para refundar la realidad?

que se siga acusando entonces de seguir con la escribidera, que se nos siga acusando entonces de evadir al mundo -no hay porque ocultar las intenciones de nuestra total indiferencia hacia lo que no tenga que ver con la palabra, porque hasta lo que está más lejos de ella es nombrado, paradójica sincronía eterna de las huídas.

Hace poco me topé con un libro titulado *La escritura y tú*, del poeta Franklin Fernández, en donde decía lo difícil que era escribir “algo nuevo con palabras viejas”, a lo mejor y sea una de las mayores cargas del poeta, tener que simbolizar lo invisible con lo aparente. Atiendo constantemente a la escritura, atiendo constantemente a la palabra, sea por patología, necedad o ignorancia, hasta encontré en el librito: “escribo porque no sé”.

Que no quede entonces duda de esta corriente a la que pertenezco (de seguro no soy el único), entiendo que hay mucha necesidad de clasificación, de numeración y sistematización, pasa que otros lo asumimos por otro lado, porque la escritura es eso mismo: rescatar de la orfandad, ese afán de dibujar aureolas a lo inexistente, dándole brillo para que sea visto u opacando para que sea anónimo; la escritura es, eres tú-yo-nosotros, literalmentehablando.

Y tú ¿a qué corriente perteneces?

“Defienda su talento”

Hay momentos para recitar poesías y hay momentos para boxear.

Roberto Bolaño – Los Detectives Salvajes

El título que hoy nos acompaña obedece a una obra conceptual del artista colombiano Miguel Antonio Caro. Cuentan por ahí que presentó una propuesta para el salón nacional de arte en Colombia y uno de los jurados decidió que su obra no era “competente” para participar. Caro, por su parte, ni corto

ni perezoso, invitó a un grupo de periodistas para que presenciaran una “acción plástica”. Consistía la acción en caer a cachetadas al jurado que no consideró su trabajo; así es el arte conceptual, pura idea, ya luego viene y nos encanta por esa cercanía al lenguaje poético, con una lucidez y genialidad que nos abruma. Sin lugar a dudas artistas visuales y poetas son un clásico para la historia.

Varios seguidores del pugilismo hemos tenido entre escritores latinoamericanos: Roberto Arlt, Julio Cortázar, hasta por nuestros lares Eduardo Liendo nos figuró el imaginario del enfrentamiento con un personaje boxeador en su novela *El Round del Olvido*. El enfrentamiento es una constante en la creación, la confrontación, olvidándonos de cargar muertos -como decía Zaratustra-. Pocos son los muertos que pelean, al menos que uno sea tan obstinado, que de cadáver, aún en la muerte, sea tan certero para salpicar con unos cuantos derechazos e izquierdazos a los necrofilicos. Ya hemos dicho que la palabra se defiende sola, allí un ejemplo, pero la cosa va en cuándo la defendemos por nosotros mismos, qué tan válido es plantarse y asumir el oficio a toda costa. “Me gustan los boxeadores, son muy parecidos a los poetas, están solos frente al público lector y al adversario, que es el crítico literario. Son solitarios y saben que aunque ganen, igual al final, van a perder” decía Jorge Tellier. No sólo se planta ante la crítica y los lectores, también está el enfrentamiento con los otros poetas, más malos y rastreros que críticos y literatos; por eso será que cuando se reúnen más que hablar de poesía lo hacen de política, allí escondidas todas sus verdaderas apreciaciones y motivaciones.

El poeta entonces navega entre esas aguas del compromiso de defender su obra y la voz que le dice que para qué defiende eso, como si realmente importara o sirviera para algo. Entre mis apreciaciones está el hecho de convencerse de una vez por todas del oficio del escritor, del poeta, del artista como un bien público, un trabajador público que ejercita el pensamiento orientado a la sociabilización de su sensibilidad,

un individuo que contribuye a esa interpretación de nuestro imaginario personal y colectivo. La creación está arraigada en profundos deseos del compartir revelaciones personales, hacer franquezas íntimas públicas, que continúan pensándonos como seres capaces de lograr una perfección anímica para el bienestar colectivo; que aquello labrado en soledad sea de esa forma, es decir, guardar la soledad para la creación y la reflexión, que sólo en ese estado de abstracción y combate con uno mismo, seamos capaces de soltar y asestar cuantos puños podamos imaginar en nuestra conciencia, nocauts solitarios, para luego mostrarnos como resultado sin intentar disimular los moretones que han dejado en nuestro rostro cada enfrentamiento con la palabra y la imagen.

Nos queda el ejercicio constante contra el saco de arena, el ejercicio de sombras para no olvidar que hay momentos para recitar poesías y momentos para boxear; vaya y defienda su talento.

Epígrafes

“Creo que no soy otra cosa que el eterno autor que no crea nada perdurable, y cuyo mérito exclusivo consiste en que él (junto con otros pocos centenares de miles) mantiene viva a la literatura. Un hombre que nada tiene que decir, pero que experimenta un irresistible impulso de decirlo”.

George Mikes

A los epígrafes aunque distribuidos oportunamente, sin alma de salero en manos de incapaces del gusto, le da por contener maravillosos instantes e improntas que nos estimulan, nos mueven y cosquillean los afanes de transcribir los encuentros presurosos de las ideas en nuestra mente. No es que presuma de otorgarle don oportuno al que antecede este texto, es más bien cobijo del sartal de especulaciones al que nos veremos envueltos a continuación. Hay preocupación en el mundo editorial, a razón de las nuevas tecnologías e ideas que proclaman la muerte del libro impreso, prefigurando la

ya existente transición al libro digital. Nos preguntamos ¿qué tiene esto que ver con la poesía y la vida? Hace tiempo que venimos lanzando apresuradamente la consideración de que la poesía pertenece a otros estadios más respetables que la literatura. Hace tiempo sabemos la mala renta que le resulta a los editores sacar un librito de poesía, llegamos a ver libros de grandes poetas abandonados en los anaqueles de las librerías. Hace poco en una feria del libro de una conocida universidad venezolana escuché decir a uno de esos señores de la literatura que la novela sigue siendo el género hegemónico y que la poesía estaba en segundo plano. ¿Porqué nosotros seguimos empeñados en garrapatear versos y editarlos? Vaya, ahí es donde las frases de Mikes nos sacuden; aunque nadie lo ha pedido continuamos como piaras de necios recitando por aquí, bautizando libros por allá, proclamando que la poesía es motor de nuestra felicidad y amén también de nuestros más tristes despojos. Esta humilde presentación literaria que tiene entre sus manos sufre constantemente. Sufre mucho de poesía (y menos mal), de la más hermosa de las enfermedades que nuestros poetas se han encargado de catalogar, medir y pesar. Contradigo -mientras haya tantos necios como nosotros- a lo que dicen sobre la poesía y su supuesta ausencia en nuestra sociedad contracultural transmoderna; todavía se escuchan canciones de amor, todavía sigue atacándonos el ratón metafísico de Orlando Araujo “el cuento de la vida, el poema no escrito, el dolor que causamos, del amor que asesinamos, del viaje que no hicimos y de la gota lenta, irreversible, indetenible” y mientras cada uno de nosotros se enfrente a la caída de los argumentos, la justificación de lo cotidiano, se estará enfrentando irremediabilmente a su propia realidad poética, sea el libro digital o no, se venda o no se venda, aunque la novela sea un particular dominante aunque esté escrita ella misma a partir de muchos versos, sostenida en sí misma por una imagen tras otra, por un poema tras otro. Se trata entonces de ver cómo nos va entre la poesía y la vida por la palabra.

Procrastinación y literatura

“La procrastinación (del latín: pro, adelante, y crastinus, referente al futuro) o posposición, es la acción o hábito de postergar actividades o situaciones que deben atenderse, sustituyéndolas por otras situaciones más irrelevantes y agradables”. ¿bien rara la palabra no? Decía Pierre Bourdieu que las cosas complejas requieren explicaciones complejas, aquí se aplicaría más bien, que lo engorroso requiere palabras engorrosas. Cuando hablamos del deporte de posponer más de uno se siente identificado con las características de un procrastinador; el que deja todo para último, el que se toma un café antes de hacer algo para hacer tiempo, el que evita atender una llamada que requiere una respuesta decisiva, el cigarrillo para “inspirarse” o abrir la bandeja de correo electrónico y cerciorarse de algún nuevo mensaje. En fin, buscando qué hacer para dejar de hacer.

Aunque este ejercicio de dilatar continuamente el hacer inmediato está presente en todos los oficios y avatares, a nosotros nos compete el campo literario, la escribidera, el armar las peras negras contra la página en blanco. Cuantas novelas habrán engavetadas por ahí esperando ser escritas, cuántos poemarios esperando ser ordenados, cuántas ideas anotadas en papelitos amarillentos entre libros, libretas y pizarras, peor aún, cuántas ideas que nos asaltan en la madrugada viendo al techo, las ideas vivas, las que reclaman ser atendidas y nos dejan con la mayor resaca metafísica.

Y es así como me veo en este momento, madrugada a las 5:18 am, peliando con el buscador y tratando de encontrar a una tal Kristina Sabaliauskaite quien escribió *Silva Rerum*, una fantástica novela histórica del siglo XVII en Lituania, y por supuesto tratando de terminar este texto, que por procrastinar aún no he terminado -la mayor de las ironías, me comentó un amigo poeta; posponer un texto que habla de posponer.

“Escribir es un oficio de nalgas. Existen oficios cuya eficiencia se mide por el tamaño de las nalgas. El pelotero por ejemplo,

ejecuta un trabajo de pompas, nunca verás a un beisbolista plancho, ni mucho menos a un sumo oriental cuya fuerza se balancea sobre su eje “traseral” con el rabo chiquito”. Así dice el poeta y escritor venezolano Blas Perozo Naveda, quien tiene muy claro que la literatura se desarrolla escribiendo, ahí sentado frente a la máquina, la computadora y el papel, no de otro modo.

Con los compañeros que asisten a los talleres de poesía, confeccionamos una libretica con nuestras propias manos, de modo que cada quien tenga la suya y pueda tener su arma cargada para cazar instantes, para evitar justamente a nuestro enemigo de dejarlo todo para después; la idea que llega no vuelve a llegar de otro modo, si no se anota, si no se ejecuta no se hace jamás, dice el poeta colombiano Jaime Jaramillo Escobar que terminan por allá huyendo y orbitando en los anillos de Saturno. Así que si tenemos por allí el libro no leído, el cuento, el poema, la novela sin escribir, e incluso la vida no vivida, porque a más de uno y de una le da por dejar vivir para más tarde, como si la vida no estuviese pasando por ellos segundo tras segundo, sería razonable conducirnos a hacernos cargo de los asuntos pendientes, mire que de tanto diferir se nos llena el cuarto de agua como quien dice. Vamos pues a vivir, a leer y a escribir, no sea que de tanto postergar no lo hagamos nunca.

El caldero de luz

El caldero de luz

“La realidad está llena de historias increíbles; de ahí extrae el cuento su mayor verdad”

Gabriel Jiménez Emán

¿Hasta qué punto se afinan los sentidos para percibir lo que sucede a nuestro alrededor? si bien el ejercicio de la escritura no consiste sólo en ficciones, sino más bien el juntar y realizar una bella unión entre lo real y la imaginación. Hay que ser cuidadosos para no perder la capacidad de asombro, y de esta manera lograr seguir encontrándonos con grandes acontecimientos, grandes reflexiones e imágenes para construir con el imaginario de la palabra. Es difícil en el mundo actual, por la velocidad, por el constante mensaje alienante y deshumanizador. Tal vez haya material para escribir, pero las condiciones no son las mismas de antes (sin ánimos de extrañar tiempos no vividos); los escritores se han dejado engullir por el sistema y sus formas: el tiempo, las convenciones todas. El individuo corre a todos lados, le preguntan ¿a dónde vas?, responde como el conejo de Alicia: no lo sé, lo que si estoy seguro es que tengo prisa.

Siguiendo a Jiménez Emán no sólo encontramos en la realidad virtudes para el cuento, sino también como fuente inagotable de todo acto creador. Recientemente me conducía camino al trabajo, encontré la poesía en un puesto de empanadas al que fui a desayunar, se llama: *El Caldero de Luz*. Ahí estaba yo, emocionadísimo imaginándome un caldero que proyectaba luz hacia arriba; vaya forma de presentarse los instantes de la consagración poética que una vez llamó Octavio Paz. Y es que el creador es un cazador de instantes, dispuesto continuamente a aprehender la realidad, decía René Char que “la poesía se incorpora al tiempo y lo absorbe”, ese no

lugar dispuesto a ser pensado, que amplía todas las formas del pensamiento. Le pregunto constantemente en los talleres de creación y apreciación de la poesía a los compañeros que asisten: ¿conocen algo que no tenga nombre? Aún el lenguaje escrito en sus propios límites, pudiendo lo escrito haber o no sido, sigue siendo hermosa yesca dispuesta a encenderse.

Con afán de engullir el tiempo y ser también su bocado - queramos o no- continuamos con esa labor de transcribir lo que “sueltan las telarañas del sueño”, ese sueño vívido y expresivo que resulta el pasearnos sonrientes o dolientes por las amplias y angostas calles y plazas de la vida, aunque seamos todo un ejército de conejos blancos que seguimos ese algo ciegamente, en un agitado sopor, aunque profundo, nos permite mover ágilmente nuestras extremidades. Esperemos y busquemos continuamente salvarnos con algún *Caldero de Luz* que nos sorprenda, esa manifestación del espíritu proyectada desde esa gran voz del inconsciente colectivo, dispuestos todos a escucharla hábilmente para darle lugar a la palabra a través de la imagen dadora de forma y fondo.

Que nos pesquen entonces todos los instantes posibles e imposibles.

Los Grandes Espacios

“El hombre actual está perdiendo hasta el recuerdo de las estrellas; ya no sabe nada de fauna, de flores, ni de meteoros”.

Marc de Civrieux

Ayer y hoy he vivido la biblioteca de Babel. Sí, esa misma que proyectó Borges en *El Jardín de los senderos que se bifurcan*, por allá en el año 1941. Ese universo bibliográfico lo encontré en La Mucuy baja, cruzando las puertas de la Quinta Wanadi, entre las hermosas montañas cercanas a la ciudad de Mérida. Marc de Civrieux, incansable investigador, viajero infatigable de la lengua secreta del Watunna, maestro eterno del mito, nacido en Francia y quien llega a nuestro país en 1939 para quedarse; nos ha legado *Los Grandes Espacios*, biblioteca com-

puesta por “más de 9.500 volúmenes sobre la historia material y espiritual de la humanidad, etnología, mitología, religión, ciencias naturales, astronomía, incluyendo, claro, a Venezuela y América. Esta colección fue pacientemente recopilada y clasificada bajo el propósito de impulsar la investigación a partir de una visión humanística, coherente y profunda del mito y la historia”, palabras armadas por su compañera Gisela Barrios en un texto incluido en el homenaje que lleva por nombre *El hombre que vino del Orinoco* (CONAC, 2000). Parece un sueño el hecho de encontrarme escribiendo el artículo que lees en estos espacios, rodeado de miles de tomos convertidos en acervo cultural de la humanidad, años de esfuerzos de parte del maestro Civrieux, su compañera e investigadores, poetas, y amigos. Una vez leí del poeta Luis Alberto Crespo que una biblioteca era el sostén de una casa, a buen ejercicio de la imaginación ver como se sostiene ésta.

Aún tras el vórtice postmoderno y las alzadas voces del apocalipsis de la cultura del libro y la agitada sociedad de consumo, seguimos encontrando en estos espacios la luz que es capaz de seguir transformando a la humanidad; la luz del conocimiento, que sumado a la libertad de ejercerlo, nos ofrece el más amplio espectro de oportunidades para seguir transformando nuestra sociedad, contagiando del brío humanista nuestras voluntades, fijándonos en el imaginario de la palabra, pesada, medida, vivida y documentada para la oportunidad de los otros, de la comunidad, del colectivo, en ese reconocimiento constante de los ejercicios especulativos y de la imaginación, a través de la ciencia y el arte; formas que bien están configuradas en el mito, pulso y botón evocador, dimensionador de los grandes haceres del maestro Marc de Civrieux.

Gisela Barrios de Civrieux me comentó que gracias al centro de la diversidad cultural, de la mano de Benito Irady, se encuentra el portal web <http://www.losgrandesespacios.com/> ve disponible para todos, para aquellos que no se encuentran en La Mucuy Baja puedan disfrutar de su gran obra y legado,

del viajero infatigable de la lengua secreta del Watunna, Marc de Civrieux, *El hombre que vino del Orinoco*.

“Militancia alquimista”

A Hermes Vargas, momoy que pasa por poeta en La Mucuy.

Hace poco me encontré un libro titulado *Papelera* -tanteos estéticos sobre el vivir-, del poeta Ángel Eduardo Acevedo. Debo confesar que lo único que he leído de este destacado escritor e investigador venezolano son sus estudios en torno a la obra de Alberto Arvelo Torrealba, no tenía idea de la existencia del texto nombrado. Entre líneas me topé con una frase que decía “militancia alquimista”, en relación a la labor, a la función del oficio de poeta. Allí nace una pregunta ¿es realmente el poeta un transformador, convertidor de la experiencia, de la reflexión en el lenguaje, la palabra y el mundo? Dice Louis Kahn en *Arte y Diseño* “he aprendido que una buena pregunta tiene más validez que la más brillante de las respuestas”; si bien todo lo que sea poesía, poema o poética está profundamente arraigado en la significación de la ya nombrada *poiesis*, que no es más que otra joya de letras para decir creación. En los procesos de creación hay problemas, y no de problemas-inconvenientes, es más bien la razón positiva de la búsqueda de conocimiento, a través de lo que no sabemos o desconocemos. Más por las preguntas, por las interrogantes que por las respuestas; punto para Kahn con su lúcido ensayo sobre la arquitectura; allí se manifiesta claramente la poética de los espacios, son los hacedores, los creadores quienes comportan la militancia alquimista en la extendida interrogante. Militante suena a milico, militar y militar es todo aquello que conforme algún organismo de fuerzas armadas o ejército, mientras que militante es el que pertenece a algún grupo con una filiación determinada; si practicas la militancia alquimista que obres no en armas de destrucción, sino de construcción y creación; que toda aclaratoria obedezca al deseo de transmutación de la palabra, que toda aclaratoria obedezca a la obsesiva compulsividad (¿de contar las líneas?) de justificar y darle nombre

preciso (aunque se pierda uno en lo impreciso de las palabras imprecisas) a lo que nos convoca.

La deidad grecoegipcia Hermes Trimegisto representa la imagen del gran alquimista, seguidores de Hermes los poetas, y de los dos; Hermes el maestro alquimista y Hermes el señor de los caminos, si bien no son los mismos coquetean con sus patronales; uno es legendario transmutador, el otro mensajero de los dioses, patrono de ladrones, negociantes y viajeros, también patrono de músicos y poetas. Robert Creeley nos regala una plegaria al mensajero “Hermes, dios de astillas cruzadas, destino cruzado, protege estos pies” conjurémola entonces al pie de cada camino, no vaya a ser que equivoquemos la ruta o nos encuentren los salteadores en emboscada nocturna. Los alquimistas necesitan transmutar su propia alma antes de transmutar los metales, la purificación encontrada en el ayuno y la oración. La militancia alquimista conjura reflexión, la observación constante de las inocentes y no tan inocentes oscilaciones internas (¿externas?) sin nombre, ¿sin nombre? para dárselo, por supuesto.

Y si me detuve tanto tiempo en un par de palabras aparentemente antagónicas, pero que unidas dan el milagro del significado creador a cargo del poeta que las concibe, será por su hálito abrazador de la transformación, su impronta de la conversión de cualquier sustancia al metal más precioso; “suenan como animales de oro las palabras” dice Sánchez Peláez. Cataliza la militancia alquimista nuestro mayor deseo, que no será encontrar la piedra filosofal, sino la palabra convertida en ese animal de oro de mil cabezas, dispuestas todas a dimensionar el mundo en sus miradas, que tantean toda especulación estética en el vivir a través de la poesía, y la transmutación de las palabras para obtenerla.

Insolente aforística –*fragmentos de un diario-*

*

El hecho de que siempre busquemos la forma de ignorar lo que antecede en nuestra mente, en nuestra intuición, dice mucho de nuestra naturaleza indiferente.

*

Cuando acontece un sin fin de nada -y ocurre causalmente en un solo día-, siento el terror de ver cómo se va la vida sin haber exprimido los minutos hasta donde se pueda. Vivir el ahora no pertenece solamente a los infinitos lugares comunes, forma parte de un universo, una dimensión para vivirla en el ahora.

*

Dice Alejo Carpentier que la segura página diaria garantiza una novela al año. Vaya manera de calcular el tiempo; en literatura. En ideas tiempo. Habrá que probar con el poema diario.

*

Ensayemos la muerte
como a la vida.
Finjamos las sorpresas
como al abrir el presente, el regalo esperado.

*

Se dice que hay espacios que obligatoriamente -por asunto de ecología, metafísica y economía de la hoja en blanco-, deben ser llenados.

*

Esto no obedece a los resultados de oraciones sin sentido, es el sinsentido mismo.

*

Ojalá se pudiera -realmente- valorar días vividos y reescribirlos, como ejercicio del diario nunca escrito.

*

El estudiante de arte no entendía por qué Leonardo había pasado a la historia por hacer cosas como *La Gioconda*, por aquello de su labor oficial como ingeniero de guerra. Mucho menos entendía como Miguel Ángel inmortalizó la *Capilla Sixtina* con sus frescos, siendo escultor. Allí es donde comprende, de a poquito, de a superficies, que nada se busca en el fondo, pues se confunde con la forma. El ser humano es un homenaje a la inconformidad -menos mal, dice.

*

Dijo una vez Facundo Cabral “creemos que nos merecemos más de lo que somos o tenemos”

*

¿Podrá en algún momento servir la disciplina en la escritura? Tal vez tendríamos que ser disciplinados en vivir. Todavía no se sabe de qué hablamos cuando de disciplina se trata en nuestras vidas, sólo se vive viviendo, aunque sea la vida una terca endemoniada, aunque sea la vida una tarea encomendada que requiere ciertas técnicas de dominio.

*

Pienso después de una lectura fragmentada de “La historia del arte” de Ernst Gombrich. Hay comentarios de las posibilidades expresionistas en Eward Munch (1863-1944) a quien muchos conocen por *El grito*. “Allí una súbita inquietud transforma totalmente nuestras expresiones sensibles”. Angustia e inquietud, inquietud y angustia, los ingredientes que componen la escena, documento oficial para retratar la condición humana.

“El rostro de la figura que grita está deformado como el de una caricatura. Los ojos desorbitados y las mejillas hundidas recuerdan la calavera. Algo terrible debe haber ocurrido, y el grabado es más inquietante porque nunca sabremos qué significa ese grito”

Tal vez no sepamos que quería exactamente Munch, pero esa imagen nos encuentra con nosotros mismos, clarividencia que nos recuerda que estamos multitudinariamente solos.

Un grito que remeda a una sombrilla
cubre todo el sol
un grito que se dobla y hace curvaturas en los instantes
que eran luminosos
un grito tiene eco solamente en la noche
de día un grito es un accesorio más del día

*

Cuando uno anda tragando flechas por la vida
todo por voluntad
y sentido común
se atraviesa

*

Desvaído, luego de tragar saetas me encuentra una lectura de Henry Bremond:

“La creación literaria nace de esa zona oscura del espíritu en que se elabora la música, la danza y el miedo”.

Vuelvo entonces a cantar, bailar y a temer.

*

Si decimos que todo -o mejor dicho- nada se escapa al sentido y contenido ideológico ¿qué pasa con la poesía? Qué vestigio de apreciación, separación y acaso segmentación estética nos obliga a separar algunos textos y clasificarlos de panfletos ¿acaso La Ilíada, La Eneida no fueron grandes poemas profundamente políticos?

Seguimos buscando el nuevo sentido común de la literatura, mientras, especulamos.

*

Hasta las lógicas y consideraciones de un deber ser atañen a la poesía. Decía Bachelard que si existiese un episteme o un acercamiento científico hacia la poesía -por eso de acercamiento más mundano, más de a pie – pero en el sentido práctico (¿pragmático?) es más bien una fenomenología del espíritu.

*

Seguimos aprisionados, retenidos por consideraciones demasiado humanas (humanos al fin). Le dejo la crítica y la estética a la literatura, la poesía se la dejo al pueblo. Por allí leí que la ciencia es la estética de la inteligencia, y la estética el escudo de los imbéciles. Aunque se precise ciertas cosas como necesarias, el sentido práctico de justificar a la poesía políticamente es en vano cuando la poesía misma se justifica políticamente en todos los sentidos; discusión y señalamientos de guerra, recordemos que es parte también de la diplomacia y la política; también es la forma de generar operaciones, formas para la solvencia de problemas, y no problemas de inconvenientes,

sino de la razón en la búsqueda de respuestas, de información que necesitamos para esclarecer ciertas incertidumbres.

La poesía, los versos son los organismos vivos que generan políticas para intentar resolver la problemática humana; sí es política la poesía, profundamente política.

Dice el interlocutor: - ¿la poesía es política, es profundamente política?-

Obtiene como respuesta: Aquí sólo dudas, interrogantes. Hay dudas, sólo dudas, especulación; ausencia de certezas.

*

¿Quién se llevó las palabras?
Si aún están en la punta de la lengua
¿quién me ha dado tantas palabras para no reconocerlas?
La vida entera en la punta de la lengua
¿quién escribió todas las palabras?
¿quién las sustituyó por la vida
en la punta de la lengua?

*

¿A qué lugar se van las dudas de la noche durante el día?
¿hacia dónde van?

*

Todo lo que escriba es para el mundo, entiéndase no el mundo general, sino el mundo de los escépticos, el mundo de los que tejen los corsés, los que no aguantan un poco la especulación, le escribo al mundo de eufemismos; indignado es revolucionario en europa y Norteamérica, es un botón, una muestra no más.

*

Escribo para aliviar los súbitos,
para continuar las canciones incompletas
que mi memoria no logra memorizar;
aunque esté seguro que será siempre
intento primario,
por eso siempre me aseguro de escribir.
Para intentar verme o encontrarme en ella
en la palabra misma
en la escritura por la escritura.

*

El nombre de la numeración de nuestras inquietudes se coloca de último
-no es que falta por determinar sus facultades y naturalezas-
sino que estamos completamente seguros
que en cualquier momento puede cambiar su nombre
para allí encontrarnos con la certeza, la única certeza
los temores incesantes.

ÍNDICE

	Pag.
Intro	9
De pasivos lectores a emancipados por la palabra	
El eco de la palabra	15
A ver, ¿Escritor pasivo, de qué se trata todo esto?	16
Todos dan palos a la piñata, menos yo	17
Libros, librerías y algunas interrogantes ...	18
Leer “aunque sea todos los días”	20
Libro y escritura: tómbola de emociones	22
<i>(Sobre) lo que nos asalta</i>	
Sobre el sentido común	25
Sobre los acuerdos ortográficos	27
Sobre el compromiso de recomendar libros	29
Escribiendo, recitando, caminando...	31
<i>Cross-examination</i>	
La palabra al por menor o párrafos	33
Diálogo cruzado	35
Retórica del boqueo	39
¿Literatura desde la literatura?	43
Lenguaje y (des) Orden	44
Alegres interrogantes	46
Extendidas interrogantes	48
<i>Cross-examination</i>	49
Tanto por especular	50
Top 10 de consideraciones en torno a la...	51
Espirales e imaginación	52
¿A qué corriente perteneces?	54
“Defienda su talento”	55
Epígrafes	57
Procrastinación y literatura	59
El Caldero de luz	61
Los Grandes Espacios	62
“Militancia alquimista”	64
Insolente aforística	66

Edición del Ministerio del Poder Popular para la **Cultura**

Colaboradora: Julia Rosa Urdaneta

Diseño de portada: Juan C. Villota

Se imprimieron 500 ejemplares de este título

durante el mes de Mayo de 2012

en el Sistema Nacional de Imprentas

Capítulo - **Apure**

San Fernando de Apure/Venezuela



Miguel Antonio Guevara (Barinas, Venezuela 1986).
Escritor y promotor cultural venezolano. Estudiante de Sociología en la UNELLEZ. Colaborador asiduo en publicaciones venezolanas e internacionales. Editor de El Caracol de Espuma -ediciones fotocopiadas- Ha publicado Pensando el poema (2011), Hay un ruido que se escurre por debajo de las puertas (2011), Ese Instante Turbio (2012). Ganador del VII Premio de Poesía de la Universidad de San Buenaventura (Cali, Colombia).

